

Mayo 2005 5

BOLETÍN OFICIAL
de las **DIÓCESIS de la**
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de **MADRID**

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- Homilía en la misa de Infantes 499
- Homilía en la celebración eucarística de la Vigilia de Pentecostés y clausura de la Asamblea Sino-
dal del Tercer Sínodo Diocesano 505
- "Cristianos en el Corazón del Mundo" 511
- Homilía en la Solemnidad de Pentecostés y de San Isidro Labrador 516
- Consagración de España al Inmaculado Corazón de María. Para que nos valga en esta hora cru-
cial de nuestra historia 523
- Homilía en la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo 527

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 533
- Sagradas Órdenes 535
- Defunciones 536
- Actividades del Sr. Cardenal. Mayo 2005 538
- Información 540

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles 543
- Fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote 549
- Ordenación de Presbíteros 555
- Corpus Christi 561

VICARÍA GENERAL

- Actividades diocesanas 567

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 571
- Defunciones 572
- Otras celebraciones del Sacramento de la Confirmación 573
- Actividades del Sr. Obispo. Mayo 2005 574

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Homilía en el X Aniversario del Seminario Diocesano 577
- Carta con motivo del nombramiento de Benedicto XVI 582

VICARÍA GENERAL

- Tasas del Cementerio Parroquial de Colmenar de Oreja 584

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decreto de erección de la Parroquia Verbo Divino, en Leganés 587
- Nombramientos 589
- Incardinaciones 590
- Defunciones 591

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- Carta al Cardenal Alfonso López Trujillo con motivo del Encuentro Mundial de las Familias en Valencia 593
- Mensaje con motivo de la Peregrinación a Zaragoza organizada por la Conferencia Episcopal Española 595

Conferencia Episcopal Española

- Nota del Comité Ejecutivo acerca de la objeción de conciencia ante una ley radicalmente injusta que corrompe la institución del matrimonio 599

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXIII - Núm. 2767 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

HOMILÍA EN LA MISA DE INFANTES

Plaça de la Mare de Deu, 8 de mayo de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

De nuevo me es dado el compartir con vosotros la Fiesta de la Patrona de Valencia, la fe que la sustenta y la alimenta y la celebración de esta solemnísimas Eucaristía -“la Missa d’Infants”-, que la sitúa en su más genuino contexto, el de la alabanza y Acción de Gracias a Dios y de la plegaria por las más verdaderas y actuales necesidades del hombre; sintonizando plenamente con vuestros sentimientos de gozo y esperanza que encontrarán en la procesión de la tarde por las calles de vuestra bellísima ciudad una de las expresiones más esplendorosas de la piedad mariana de España. Me acompañan mis Obispos Auxiliares y los Vicarios que forman el Consejo Episcopal de la Archidiócesis de Madrid que, impresionados por el relato de mi experiencia espiritual y pastoral de lo vivido con vosotros el año pasado en los actos del día de la Virgen de los Desamparados, “la Mare de Deus des Desamparats”, me manifestaron el deseo de poder conocer y compartir directamente esta Fiesta sin par: fiesta de la Iglesia y, por una simbiosis espiritual multisecular, fiesta igualmente del pueblo y de la sociedad valenciana.

Ello se ha hecho ya posible este año por la generosidad de vuestro querido Sr. Arzobispo, de sus Obispos Auxiliares y de los amigos sacerdotes del Cabildo y Presbiterio de la Archidiócesis Valenciana que conocen muy bien los múltiples

vínculos de afecto fraterno y de comunión eclesial que unen a los fieles de ambas comunidades diocesanas de Valencia y Madrid, tan vivamente intercomunicadas entre sí a través de los más variados aspectos de su vida cristiana y ciudadana. ¡Un verdadero don de Dios para todos nosotros! sobre todo si se vive esa unión entre nuestras respectivas Archidiócesis en el seno de la Comunión Católica como es nuestro caso. Es decir, si nuestra relación se enraíza en la realidad de la única Iglesia de Jesucristo: Una, Santa, Católica y Apostólica: ¡Iglesia viva en el corazón de la humanidad con un vigor probablemente nunca conocido a lo largo de su bimilenaria historia! Así lo han puesto de manifiesto los acontecimientos de Roma que conmocionaron al mundo en las pasadas semanas del mes de abril: el fallecimiento de nuestro amadísimo Juan Pablo II, llamado ya por el pueblo “el Grande”, y la elección de nuestro nuevo Santo Padre, Benedicto XVI. ¡Que no les falten ni al uno ni al otro, por distintos y obvios motivos humanos y teológicos, en esta celebración eucarística y en las visitas de hoy a nuestra Madre de los Desamparados y en la procesión final, la memoria de nuestro amor agradecido y las súplicas de nuestra oración!

No abrigo, por lo demás, la menor duda de que el Papa que nos ha regalado el Señor para esta hora nueva de la historia de la Iglesia y de la humanidad, su Santidad Benedicto XVI, puede contar incondicionalmente con vosotros, los católicos de Valencia: con vuestro amor, con vuestra fe, con vuestra esperanza y con vuestras plegarias incesantes. ¡No dejaremos solo al Papa y, menos, ante los lobos que acechan al rebaño! Recordad como nos lo encarecía en la Homilía de la Eucaristía del comienzo solemne de su Pontificado: “Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos”. ¡Sí, roguemos por él para que sea el pastor y pescador de hombres que Cristo desea, y nosotros y el hombre de nuestro tiempo necesitamos! Que le ampare con toda su dulzura maternal la Virgen de los Desamparados en la forma como lo pedía en su primera presentación y bendición “urbi et orbi” desde la Logia de San Pedro, el pasado día 19 de abril: “Confío en vuestras oraciones. Con la alegría del Señor Resucitado y su constante ayuda trabajaremos junto con María, su Santísima Madre, que a nuestro lado está”.

“Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”

Toda celebración anual de la Fiesta de la Virgen de los Desamparados supone para Valencia y su Iglesia Diocesana un ineludible reto: renovar su acogida “en su casa”, en la casa de todos los cristianos de Valencia, porque si eso no ocurre

en la casa de sus hijos e hijas de siempre ¿cómo la van a recibir los que en la sociedad y en su vida personal la han alejado de sus puertas y de sus corazones? La acogida ha de ser cristianamente auténtica y, por tanto, rica en frutos de evangelización.

Se trata, en primer lugar, de recibirla de nuevo como MADRE en la plenitud de su maternidad, por lo tanto: como la Madre del Hijo de Dios, el Redentor del hombre, del modo que lo hiciera Juan al pie de la Cruz salvadora. No hay que olvidarlo: ella es la Madre del Dios que nos salva y, precisamente, por esa sublime razón, nuestra Madre: ¡la Madre de los hombres! Desde el primer instante de la Encarnación y, sobre todo, desde la Pascua de su Hijo Jesús, María Santísima, la Virgen Inmaculada, colabora de modo inimitable y absolutamente singular en el restablecimiento de nuestra vida sobrenatural; o, lo que es lo mismo, en el nacimiento y crecimiento del sí de la Fe a Jesucristo y a su Evangelio de salvación.

No hay mayor situación de desamparo para una persona y para un pueblo que la de la pérdida de la fe, sobre todo si se minimiza el daño y se intenta pasar de largo ante sus efectos deshumanizadores, porque es entonces cuando el interior de las personas y de las sociedades se convierten en un desierto inhóspito sin horizonte alguno de esperanza. A ese desierto de las almas, que han perdido la fe en Dios, se refería incisivamente Benedicto XVI en la citada Homilía del 24 de abril en la Plaza de San Pedro: “La santa inquietud de Cristo ha de animar al Pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores”. Efectivamente, perdida la fe, el hombre se queda sin luz que ayude a su razón a encontrar la verdad plena, la de su dignidad y la de los caminos de su salvación. ¡En este tipo de existencia, vacía interiormente, es imposible que alumbre la esperanza!

¡Abrid pues las puertas de vuestras casas de par en par, queridos diocesanos de Valencia, a la Madre de Dios de los Desamparados, sin cortapisa alguna! ¡Abridlas a la que es la Madre de vuestra fe y de la fe de vuestros hijos! Lo necesitan urgentemente; lo necesitan también urgentemente los otros niños y jóvenes de España y

de Europa. No nos engañemos: muchas y poderosas son hoy en día las fuerzas sociales, políticas y culturales que pretenden arrebatarles la fe de sus padres o, al menos, entorpecer al máximo su debida transmisión, ya en el seno de la familia y, muy especialmente, en la escuela. ¿Por qué tanta cicatería jurídica, por ejemplo, a la hora de abrir camino a la enseñanza de la religión católica en ese ámbito tan decisivo para la formación de la persona que son los centros de educación primaria y secundaria? ¿Por qué hacer tan difícil a los padres -¡casi imposible!- la educación de sus hijos en esa dimensión tan básica de la formación moral y religiosa de sus hijos de acuerdo con sus convicciones, y de la cual son ellos los primeros y fundamentales responsables con anterioridad al Estado y a cualquier otra instancia humana?

Vosotros, queridos hermanos de Valencia, sabéis muy bien por la experiencia multisecular de vuestra piedad mariana de dónde puede veniros el auxilio en tal desamparo y cuál es la fórmula para alcanzarlo, pues lo cantáis tan bellamente en vuestro himno:

“En tèrres valencianes
la fe per Vos no mòr,
i vòstra Image Santa
portem sempre en lo còr”

¡Portad, sí, en vuestro corazón y en el corazón de vuestros hijos la Imagen Santa de María de los Desamparados con tal fervor y convicción que se note en la vida privada y en la vida pública! Los efectos familiares, éticos, culturales y socio-políticos no se harán esperar.

Recibirla como Madre de las Madres

En el momento en que la portéis y acojáis así, como la Madre de la fe de vuestros hijos, vuestra atención se verá obligada inmediatamente a fijarse en sus madres de la tierra: en nuestras madres. Si cupiera alguna vacilación intelectual o moral ¡que no cabe!-, en la tesis o afirmación del papel inigualable e intransferible de la madre natural en la generación y en la formación del hombre de acuerdo con su vocación de imagen e hijo de Dios, la maternidad divina de María la dispararía totalmente. ¡No hay duda! abrid de verdad las puertas de vuestras casas a la Madre de Dios de los Desamparados, para que os ampare

a vosotros y a vuestros hijos en la realización lograda de su destino temporal y eterno, y comprobaréis cómo se os muestra como la Madre de vuestras madres. Ellas precisan como nunca de su amparo para poder ser madres con toda la belleza de la donación de su entero ser a los hijos de sus entrañas, como lo hizo María con Jesús, y para poder ejercer su maternidad con la ternura de aquel amor gratuito que sólo las madres conocen y que el niño anhela y precisa para crecer y desarrollarse como persona, capaz de amar. La función de la madre es insustituible en la historia del niño, para que pueda saberse y reconocerse como hijo, es decir, como persona, fruto de un amor gratuito: de Dios Creador y de sus padres; más exactamente, de su madre y de su padre, sus cooperadores necesarios al engendrar la nueva vida. Romper esa triple relación de maternidad, paternidad y filiación por cualquiera de sus partes, falsificarla a través de parejas del mismo sexo, sólo puede ocurrir -más allá de causas inculpables- a costa, en primer lugar, del más débil, del niño; pero, luego, también de las vidas frustradas de sus padres y de la desestructuración y grave perturbación de las familias. Las consecuencias sociales de la generalización de esas rupturas y falsificaciones matrimoniales y familiares están a la vista de todos aquellos que no quieran ignorar la realidad de unas sociedades como la nuestra, avejentada y sin niños, abocada a una crisis demográfica sin precedentes.

¡Qué difícil se lo estamos poniendo en todos los ámbitos de la vida social a las jóvenes que quieren ser madres!: en el ámbito laboral, en el económico, el cultural y moral y no, en último lugar, en el político y jurídico... Todas son dificultades para aquellos jóvenes esposos que se disponen a contraer matrimonio y fundar una familia según el modelo que se desprende de la naturaleza del hombre querida por Dios. En el caso de las familias numerosas son de tal magnitud que sólo pueden ser superadas con el espíritu de la heroicidad. Parece como si la madre cuando entrega y emplea su vida en el cuidado y en la educación de sus hijos, estuviese dedicada a un lujo o diversión que no merece la más mínima retribución o reconocimiento económico y social, ni en el presente ni en la previsión social de su futuro. ¡La donación mutua de los esposos que fructifica en la nueva vida del hijo, fruto del amor fiel de la entrega incondicional del padre y de la madre, no tiene precio!

¡Amparo de la Virgen, Madre de Dios, para la fe de nuestros hijos! ¡Amparo suyo para sus madres, para nuestras madres! ¡Que esa sea nuestra petición y plegaria más sentida en esta Eucaristía y en nuestra oración de hoy y de siempre! Si así lo hacemos, podremos cantar sin hipocresía alguna que “la Mare de Deu

des Desamparats” es “el orgullo de nuestra raza”; porque estaremos seguros de que nuestra caridad no será una farsa y de que se nos abrirá el acceso a esa “Jerusalén celestial” descendida del cielo, “Morada de Dios con los hombres”, anunciada en el libro del Apocalipsis: Valencia podrá decirla de nuevo con verdad y corazón sincero:

“Valencia, qu’es ta filla, al rebre ta mirada,
sa tradició recòrda i anyora temps pasats,
i al vóret, Vèrge Santa, com Reyna coronada,
en goig diu: Tením Mare, no estém desamparats”

Amén.

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA DE LA VIGILIA DE PENTECOSTÉS Y CLAUSURA DE LA ASAMBLEA SINODAL DEL TERCER SÍNODO DIOCESANO DE MADRID

Explanada de La Almudena, 14 de mayo de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

1. Clausuramos con esta solemnísimas celebración eucarística de la Vigilia de Pentecostés las sesiones de la Asamblea Sinodal de nuestro III Sínodo Diocesano.

Su objetivo fue: transmitir la fe en Madrid hoy; su aliento, la oración; su inspiración y fuerza, el Espíritu del Señor; su finalidad, la conversión al Evangelio: la conversión de nosotros mismos, de los que están cerca de la Iglesia y en la Iglesia y de los que están lejos. Ese camino diocesano de profunda transformación interior y de verdadera renovación personal y pastoral nos llevaba instintiva e inevitablemente al Cenáculo donde el Señor reunió a los suyos para la Última Cena en vísperas de su Pasión y de su retorno glorioso al Padre, y en donde Pedro y los demás apóstoles, temerosos, apocados y vacilantes, a pesar de haber recibido pruebas evidentes de su Resurrección y de su Ascensión a los Cielos, se recogieron en oración junto a María, la Madre de Jesús, con otras mujeres y sus hermanos, a la espera del Espíritu Santo prometido. El lugar físico y teológico -valga la expresión- de la institución

del Sacramento de la Eucaristía iba a ser el de la venida del Espíritu Santo y el del nacimiento de la Iglesia. No había pues alternativa para la forma de iniciar y desarrollar las tareas de un auténtico “sin-odus”, de un camino eclesial hecho en común, que la de entrar y situarse plenamente en el espacio espiritual de la Eucaristía para poder impetrar eficazmente la venida del Espíritu: escuchando la Palabra, orando, reflexionando y examinando la conciencia, muy unidos a María y apoyados en la plegaria silenciosa y esperanzada de todos los hermanos. De este modo sería posible la renovación del prodigio de un nuevo Pentecostés en el seno de la Iglesia Diocesana de Madrid, con efectos sobre el pueblo y la sociedad madrileña, parecidos a las de aquel primer Pentecostés en Jerusalén. Así lo hicimos, desde los dos largos y fecundos años de la preparación sinodal y, luego, a lo largo de los catorce sábados de la Asamblea sinodal.

2. Porque éramos plenamente conscientes de la situación de la crisis de fe que afecta a amplios sectores de nuestra sociedad.

No son pocos los que la han perdido totalmente, muchos son los que viven en contradicción con lo que ella implica, e incluso alejados de toda práctica religiosa y no faltan aquellos a los que no ha llegado nunca la noticia de Dios y de Jesucristo. Y también sabíamos que, abierta, afirmada y extendida una crisis de fe en la vida del hombre, queda servida la crisis por excelencia del hombre mismo: se pone en juego su salvación temporal y eterna. ¿Cómo no iba a reaccionar la conciencia pastoral en primer lugar del Obispo Diocesano y de sus Obispos Auxiliares y de sus sacerdotes ante tamaño reto para cualquiera que sienta la caridad de Cristo que debe hacer arder sus corazones? ¿... y la de los consagrados y consagradas y la de los fieles laicos? Toda nuestra comunidad diocesana se sintió interpelada en lo más hondo de sí misma por su Señor y Salvador que nos movía a recordar las palabras de Pablo: “¡Ay de mí si no evangelizo!”.

Porque los hitos de la historia del pecado de los hombres y sus variantes, desde la del original de nuestros primeros padres hasta la de la apostasía explícita e implícita, por ejemplo, de los cristianos españoles, madrileños y europeos de nuestra época, reaparecen y se reavivan una y otra vez; ahora, después de Cristo, tocadas de una gravedad última. Su recordatorio nos viene dado con vivísima e impresionante actualidad por las lecturas de la Liturgia de la Palabra, que acaban de ser proclamadas:

- **“Toda la tierra hablaba la misma lengua con las mismas palabras”** (Gén 11, 1). Lo que el libro del Génesis nos describe en su relato de Babel es

el capítulo de una especie de primera “globalización” del género humano, concebida e intentada como un proyecto de la soberbia humana que pretende ignorar, cuando no oponerse, a Dios. ¡El hombre sólo, con sus propias y únicas fuerzas, se dispone orgullosamente a construir “una ciudad” -la comunidad y la sociedad humanas- y “una torre que alcance el cielo” -su sistema y visión de la vida-... sin Dios! ¡Qué terrible error y qué sutil pecado! Sus consecuencias no pudieron ser ni pueden ser más dolorosas y catastróficas: frustrada la tentativa de crear “la ciudad”, sólo a la medida del hombre, viene la dispersión y la confusión y, luego, la separación y la división: ¡el hombre no se entiende a sí mismo y no se entiende con sus semejantes! ¡Ha triunfado Babel! ¿Y quién puede negar que en este momento del mundo, del nuestro, del más cercano en España y en Madrid, no se está cayendo en la tentación de una nueva Babel por querer edificar la existencia personal y la sociedad, comenzando por el matrimonio y la familia, sin Dios?

- **“En aquellos días, la mano del Señor se posó sobre mí y, con su Espíritu, el Señor me sacó y me colocó en medio de un valle todo lleno de huesos. Me hizo dar vueltas y vueltas en torno a ellos: eran innumerables sobre la superficie del valle y estaban completamente secos”** (Ez 37, 1-2). Lo que el Señor quiso hacerle ver a Ezequiel era el estado al que había llegado su pueblo, el pueblo elegido por Yahvé: se asemejaba a un campo de la muerte, a un valle sin esperanzas. “Hijo de Adán, estos huesos son la entera casa de Israel, que dice: ‘Nuestros huesos están secos, nuestra esperanza ha perecido, estamos destrozados’” (Ez 37, 10-11). La visión del Profeta no estaba ni mucho menos lejos de la realidad histórica que iba a sobrevenir sobre un Israel, derrotado y arruinado por sus enemigos. Habían olvidado a su Dios, al Dios verdadero, a su Alianza y a su Ley, ¡los verdaderos senderos de la vida! La consecuencia: la muerte. ¿No nos movemos también hoy nosotros en un paisaje de muerte de enormes proporciones? Además de las víctimas de las guerras y del terrorismo desalmado, somos testigos, muchas veces mudos, de una eliminación masiva de los más inocentes, los no nacidos, como no se había producido nunca en la historia de la humanidad; bajo los más variados pretextos, que no logran ocultar el verdadero motivo de la silenciosa tragedia, a saber, el egoísmo colectivo consumado, y sus más hondas y dramáticas razones: ¡haber acallado la voz de la conciencia! Queridos hermanos: hemos pretendido enmudecer a Dios; nos hemos instalado cómodamente en la cultura de la muerte, como diría nuestro venerable Juan Pablo II.

“Hijo de Adán, ¿podrán revivir estos huesos?” le preguntó el Señor al Profeta que humildemente le confiesa: “Señor, tú lo sabes” (Ez 37, 3). Sí, el Señor lo

sabía entonces y ahora. Si se escucha su Palabra, si se la proclama proféticamente con la fuerza y el vigor del Espíritu, revivirán los muertos, se pondrán en pie (cfr. Ez 37, 4-10). ¿Y quién estará dispuesto a ser ese profeta de Yahvé, del Dios de la vida, insobornable ante cualquier tentación del poder humano, dispuesto incluso a dar su vida por la vida de sus hermanos? Parecía empresa sobrehumana. Pero las promesas del Señor a Israel se reiteraban de forma cada vez más sorprendente. Basta oír al Profeta Joel: “Así dice el Señor: derramaré mi Espíritu sobre toda carne: profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones... Cuando invoquen el nombre del Señor se salvarán” (Jo 3, 1-5). ¿Cuándo llegaría ese tiempo? ¿Cuándo daría la hora de la esperada y anhelada Noticia de la Vida? A la llegada del MESÍAS: del Ungido por el Espíritu Santo, del Hijo enviado por el Padre. En esa hora estamos. Acudamos a Él, si queremos que fructifique en nosotros de nuevo el Evangelio de la Vida.

3. “El último día, el más solemne de las Fiestas, Jesús de pie, gritaba: ‘El que tenga sed que venga a mí; el que crea en mí, que beba. Como dice la Escritura: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva’ decía esto refiriéndose al Espíritu que habrían de recibir los que creyesen en Él”.

Hacia Él hemos ido desde el primer momento de la convocatoria de nuestro III Sínodo Diocesano: en los grupos de preparación, en la Asamblea sinodal... Él, su Palabra, sus Sacramentos, la gracia y la nueva ley de su amor... se constituyeron en el centro de nuestra escucha, de nuestras celebraciones y de nuestros encuentros personales en el marco de una comunión creciente que abarcaba las dimensiones espirituales y humanas. Es a Él, presente en su Iglesia, a quien queremos anunciar, dar a conocer y a vivir en la plenitud de su realidad divino-humana, de su Misterio: a Jesucristo, encarnado en el seno de la Purísima Virgen María, crucificado y resucitado por nuestra salvación. Entregándolo así a nuestros hermanos de dentro y de fuera de la Iglesia, les entregamos la fuente de donde mana el Espíritu y sus dones o, lo que es lo mismo, le entregamos su salvación. Transmitir la fe hoy es transmitir a Cristo hoy sin recorte y rebaja alguna doctrinal o existencial.

4. Los frutos sinodales de la Asamblea Sinodal. Las propuestas.

Los frutos del III Sínodo de Madrid están ya a la vista. En primer lugar, en nosotros mismos. Nos teníamos por discípulos, pero no siempre a la escucha del

Maestro; elegidos para ser apóstoles cada uno según su vocación y misión, pero no siempre fieles y entusiasmados con ella; enviados con la fuerza del Espíritu Santo para ser testigos del Señor Resucitado en Madrid y hasta los confines de la tierra, y nos quedábamos frecuentemente acobardados en la comodidad de nuestras casas y nuestro modo habitual de vida. ¿Verdad que algo muy importante ha cambiado en nuestro interior después de la densa experiencia sinodal? Ya no nos es posible seguir con la rutina de una piedad sin el fondo de la experiencia espiritual, de un trato más íntimo y frecuente con el Señor, y con una fe sin vibración apostólica. Ya no nos vale una esperanza mortecina, fácil presa de las desilusiones y disgustos del día a día sin el horizonte de la Cruz Gloriosa del Señor. Y menos aceptable es aún el intento de vivir la verdad y las exigencias del amor cristiano al margen de la ley de Dios y del Evangelio olvidando sus consecuencias en el matrimonio y en la familia, en la vida privada y en la pública, en la atención a los enfermos y a los necesitados, en la acogida fraterna y responsable de los emigrantes, en la preocupación por los pecadores y los más necesitados...

Un fruto evidente e irrenunciable es ya el de la experiencia real y cercanamente vivida del Misterio de Comunión que es la Iglesia de Jesucristo. Nos hemos conocido personalmente, hemos descubierto la amistad cristiana, nos ha enriquecido el intercambio de nuestros varios dones y carismas, de nuestras vivencias espirituales y apostólicas. Hemos podido percibir muy próximamente la importancia decisiva del ministerio y de la persona del Obispo y del sacerdote para la vida y la misión evangelizadora de la Iglesia.

Toda esa riqueza de dones y gracias experimentadas personalmente en el Sínodo ha cuajado en la larga y valiosa lista de las Propuestas Sinodales en torno a los grandes cinco temas de las Ponencias de la Asamblea Sinodal. Su valor pastoral es evidente. Constituyen el fruto eclesial primero del III Sínodo Diocesano de Madrid que nos permitirá hacer realidad en el futuro inmediato de la Iglesia en Madrid con mayor clarividencia, generosidad y entrega el programa de la nueva Evangelización, formulado ya por Pablo VI en sus líneas básicas en la “*Evangelii nuntiandi*”: se trata de “alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de Salvación” (EN. 19); y que Juan Pablo II maduraría e impulsaría con la llamada: ¡abrid las puertas a Cristo!

5. Concluidos los trabajos de la Asamblea Sinodal, se abre pues ante nosotros una inmensa tarea. ¡Hay que mantener vivo y creativo espiritual y apostólicamente el espíritu sinodal! ¡Hay que poner en práctica las propuestas sinodales!

El surco abierto en la vida de las comunidades parroquiales, de los movimientos y asociaciones eclesiales, en las comunidades de la vida consagrada y, sobre todo, en las familias de tantos sinodales... debe de continuar recibiendo la siembra pastoral, propiciada por las Parroquias y por la propia Archidiócesis.

Las propuestas sinodales han de ser recogidas y ordenadas en las Constituciones Sinodales debidamente promulgadas. Nos servirán en un futuro próximo como la base pastoral para su desarrollo y concreción canónica y como punto de partida y fuente de inspiración de la acción y misión de la Iglesia diocesana en los próximos años.

Y, sobre todo, habremos de mantenernos vigilantes en la oración unánime en torno a Nuestra Madre, la Virgen de La Almudena, instando la asistencia y el don del Espíritu Santo. El es “el que escudriña los corazones”, el que “viene en ayuda en nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene”. El es el que “intercede por nosotros con gemidos inefables” (cfr. Ro 8, 22-27).

¡Oh María Santísima, Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, ruega a tu Hijo para que derrame en este nuevo Pentecostés de la Iglesia en Madrid, en esta ilusionada hora de la acogida de los frutos sinodales, sobre sus Pastores y fieles, los dones de su Espíritu y que no deje de realizar hoy en el corazón de sus fieles “aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica” (Colecta de la Misa del día de Pentecostés).

Invocamos como intercesores a todos los santos y mártires madrileños, singularmente a nuestro Patrono San Isidro Labrador a quien estamos a punto de festejar; y acogemos en nuestras plegarias a nuestro querido e inolvidable Juan Pablo II, al que tanto debemos en la peregrinación de la Iglesia que ha iniciado el camino del nuevo milenio anunciando al mundo de nuestros días: ¡Jesucristo es el Salvador del hombre!

Amén.

“CRISTIANOS EN EL CORAZÓN DEL MUNDO”

Carta Pastoral en el Día Nacional del Apostolado Seglar y de la Acción Católica

Pentecostés, 15 de Mayo de 2005

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Gratias tibi Domine, gratias tibi! Son muchos los motivos que me vienen a la memoria para exclamar: ¡gracias a ti, Señor, gracias a ti! Sin duda alguna todos los cursos pasados han tenido motivos de sobra para dar gracias a Dios. Cada año se descubre una nueva situación que nos hace vislumbrar lo que los apóstoles debieron vivir en ese primer y definitivo Pentecostés, pero que cada año se ha manifestado con matices nuevos y profundos.

Este año me atrevo a decir que la Solemnidad de Pentecostés debe ser un día en el que la acción de gracias tiene, si cabe, una justificación mayor. En nuestros corazones se agolpan muchos sentimientos que nos impulsan a vivir este final del tiempo pascual como un verdadero tiempo de gracia que Dios ha concedido a su Iglesia tanto a nivel Universal como para nuestra Diócesis de Madrid.

El fallecimiento de Juan Pablo II, siendo un acontecimiento doloroso, ha servido para que muchos que vivían en la indiferencia se encuentren de nuevo con el rostro misericordioso y amable de nuestro Señor Jesucristo y con una Iglesia viva, que agradecía al Señor el don de este Papa tan grande. La elección de su sucesor, Benedicto XVI, nos ha ayudado a manifestar pública y solemnemente nuestra fe en el Señor Jesús que, a través del Espíritu Santo, gobierna la Iglesia con sabiduría. Una Iglesia que se manifiesta cada día más cerca de los hombres, tan necesitados de Dios, como señalaba el nuevo Papa en el inicio de su Pontificado.

Además en nuestra Iglesia de Madrid concluimos en esta solemnidad la celebración del Sínodo Diocesano. Solemnidad de Pentecostés, que coincide, providencialmente, con la fiesta de San Isidro Labrador, nuestro patrono. Este tercer Sínodo Diocesano ha sido una gran gracia de Dios. Sin duda alguna, la providencia divina ha querido que el trabajo inmenso y continuado de muchos seglares, religiosos y sacerdotes de muchos frutos de sincera conversión y de afirmación en la vocación apostólica.

Son momentos de gracia, que no se quedan en sí mismos, sino que continuarán enriqueciendo a la Iglesia con los dones del Espíritu Santo. Pido a Dios que así sea. Que bendiga con la fuerza de su amor a los madrileños para que no decaiga esa misma acción de gracias convertida en lucha firme por implantar el reino de Dios entre los hombres.

En esta solemnidad de Pentecostés la Iglesia celebra el Día Nacional de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Todos estos acontecimientos que acabo de mencionar y que todos hemos vivido tan intensamente, han dejado claro que los seglares forman parte de la Iglesia. Que se sienten verdaderamente miembros de ella. Los seglares no son un mero apéndice más o menos numeroso del Cuerpo Místico de Cristo. Son bautizados y eso les identifica con el Señor a quien oran, aman y sirven en su vida.

La Comisión Episcopal de Apostolado Seglar de la Conferencia Episcopal ha elegido un significativo lema para la celebración de esta jornada: *“Cristianos en el corazón del mundo”*. Esa es justamente la vocación laical. Ahí está el sentido de la vida de un hombre que se decide a seguir a Cristo. Somos cristianos no para separarnos del mundo, sino para buscar la santidad en él. Es en el mundo donde el bautizado es capaz de reconocer a Cristo que se entrega por la salvación de todos.

El cristiano debe saber que Cristo desea estar presente en este mundo que tantas veces ignora a Dios e incluso lo niega. Si el hombre es indiferente ante Dios, Dios no lo es con el hombre. Dios ama al hombre, a cada hombre (Jn 3, 16). A cada uno de nosotros nos ha venido a buscar el Señor, y por cada uno de nosotros Cristo ha entregado su vida. El grito estremecedor de Jesús en la Cruz, “tengo sed” (Jn 19, 28), es una llamada a poner la mirada en Él, a buscar su rostro.

Parafraseando el salmo podemos decir que el alma del hombre sin Dios es como tierra reseca, agostada, sin agua (cfr. Sal 62, 2). Incapaz de dar frutos y de sembrar esperanza. Y el cristiano no puede sentir indiferencia ante la sed de Cristo en la Cruz que busca amor, ni ante la sequedad del corazón del hombre moderno. El bautizado se sabe instrumento de la misericordia de Dios que nos permite saciar, a base de amor, la sed de Cristo e inundar de la esperanza y de la alegría de la salvación el corazón de los hombres.

El lema “*Cristianos en el corazón del mundo*” recuerda al seglar que Dios en su providencia ha pensado en él para adentrarse en las entrañas del mundo y desde dentro hacer que germine la semilla del Evangelio, para que crezca con fuerza el amor de Dios en el corazón de los hombres.

El mundo, entendido como “criatura de Dios”, no puede dar miedo al hijo de Dios. Dios se hizo hombre para decir que el cielo y la tierra se pueden encontrar en los corazones que saben descansar en su corazón misericordioso, que el mundo en el que vivimos nos está hablando continuamente de Dios y de la necesidad de Dios, y que el cielo que esperamos tras la muerte se hace ya presente en la vida de los hombres si somos capaces de reconocer al Maestro en nuestro interior y le seguimos.

Es verdad que no nos faltan dificultades para cumplir nuestro cometido. El “príncipe de este mundo” (Jn 14, 30) se revela contra su creador y procura nuestra desesperanza y desánimo, pero todavía es más cierta la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte. El hombre sólo sería absolutamente incapaz de asumir una tarea que, más que humana, es divina. Pero con la ayuda de Dios y la fortaleza que nos da sabernos miembros de la Iglesia, no sólo no tenemos miedo, sino que vemos ya el futuro esperanzador que nos aguarda.

En este día del Apostolado Seglar y de la Acción Católica quiero dar gracias a todos los bautizados de nuestra diócesis que, en las circunstancias más varia-

das, luchan por vivir el Evangelio con espíritu de generosidad y sacrificio. Son hombres y mujeres que pasan en tantas ocasiones desapercibidos, pero que dejan a su alrededor ese dulce “aroma de Cristo” (2 Cor 2, 15). Son personas que no parecen distinguirse de los demás pero que todas sus acciones están hechas según Dios. Sin vanidad ni complejos dan testimonio sencillo de su fe en los pequeños avatares de su vida y transforman el quehacer humano en algo sobrenatural por la caridad. Muchos de ellos, además, han descubierto la belleza de la vida asociada como apóstoles. Descubren la importancia del acompañamiento personal tanto espiritual como formativo y apostólico y desean hacer de sus vidas un continuo darse a Dios a través del apostolado.

Los militantes de la Acción Católica han descubierto desde hace muchos años esta riqueza de la Iglesia. Saben que el rostro de Cristo se hace más presente en nuestros ambientes si somos capaces de mostrarlo con unidad de criterio. La vida de la Iglesia se enriquece por la experiencia apostólica de estos seglares que sienten el peso del día y del calor por amor a su fe, a la Iglesia y a sus pastores. Los Obispos sabemos que contamos con ellos y su compromiso, que podemos descansar en ellos nuestros afanes apostólicos. Y los miembros de Acción Católica, y de las otras asociaciones de fieles, saben que cuentan con la oración, el respaldo y el afecto de los pastores. El Papa Benedicto XVI, ya desde el inicio de su pontificado, ha mostrado su afecto por la Acción Católica enviando un mensaje de apoyo a los miembros de esta asociación en Italia.

El mundo actual se muestra muy exigente con los creyentes y no se conforma con cualquier cosa. Por eso los bautizados debemos dar un verdadero testimonio de nuestra fe y esperanza. Y si esto es válido siempre y para todos, lo es de un modo muy particular en nuestros días y concretamente entre los seglares. Estar en el corazón del mundo significa no buscar excusas para no adquirir un compromiso serio, formal, permanente de santidad y apostolado. Los seglares viven en el mundo, pero no se dejan llevar por sus criterios, sino todo lo contrario, buscan ellos arrastrar a los hombres y mujeres de este mundo tras las huellas de Cristo. Implantar el Evangelio en los diferentes ambientes en los que se desenvuelve la vida de las personas. En la familia, haciendo que sea una verdadera Iglesia Doméstica; en el trabajo poniendo los talentos que el Señor les ha entregado, también la fe, la esperanza y la caridad, al servicio de la sociedad; en los momentos de ocio y descanso, aprovechando el descanso corporal para fortalecer la vida espiritual.

Volviendo al comienzo de esta carta, este curso se acerca a su fin con esta fiesta hermosa de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y María Santísima. La acción de gracias se hace más real en la vida entregada de los laicos que en medio del mundo han sabido encontrarse con Cristo. Y mi agradecimiento se eleva a Dios por el testimonio que dan, también a los pastores, con su generosa disponibilidad al querer de Dios. Y su entrega diaria demuestra que el Evangelio no es algo del pasado, sino algo muy actual y capaz de atraer la mirada y el corazón de los hombres y mujeres de bien.

Pido a Dios, a través de María santísima, Nuestra Señora de la Almudena, y del patrono de Madrid, san Isidro Labrador, que los cristianos de nuestra diócesis continuemos dando ese mismo testimonio evangélico que el mundo nos exige. Os animo a todos a uniros a mi agradecimiento a Dios por todo lo que hemos vivido, a renovar nuestro empeño por hacer realidad nuestro deseo de ser santos y de entregar a nuestros hermanos los hombres a Cristo Jesús, camino, verdad y vida.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS Y DE SAN ISIDRO LABRADOR

Colegiata de San Isidro, 15 de mayo de 2005

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Pentecostés: año 2005

Celebramos hoy con la Iglesia universal la solemnidad litúrgica de la gran fiesta de Pentecostés, día en que el Señor, Resucitado y Ascendido al Cielo, envía su Espíritu, la persona del Espíritu Santo, a los Apóstoles reunidos en el cenáculo con María, la Madre de Jesús, otras mujeres y discípulos del Maestro. La descripción de lo ocurrido que leemos en el Libro de los Hechos de los Apóstoles es fascinante: ruido del cielo como un viento recio que conmueve toda la casa; lenguas de fuego como llamaradas que se reparten y se posan sobre cada uno; una multitud, compuesta de judíos venidos de todas las naciones, que acude masivamente hasta el cenáculo...; su curiosidad se convierte en desconcierto y admiración cuando oyen a los Apóstoles -¡unos galileos!- hablarles a cada uno en su propio idioma un único anuncio y mensaje: “A este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís” (Hch 2.32-33).

Lo que podían ver y oír saltaba a la vista: los seguidores de Jesús de Nazareth, hasta aquél momento atemorizados y huidos, se presentaban valientemente ante el pueblo y las autoridades judías para decirles abiertamente, en la forma de una solemne proclamación: “Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado” (Hch 4, 36). También saltaba a la vista el efecto de aquella primera predicación, encendida de Espíritu, que sonaba como la Buena Noticia por excelencia para los que la escuchaban, y, en el fondo, para toda la humanidad, para todo hombre ansioso y necesitado de verse libre del pecado y de la muerte que aspirase verdaderamente a la libertad: muchos de los oyentes se convirtieron y se bautizaron en el nombre de Jesucristo ¡Se hicieron “suyos”! ¡Su vida se hizo de Cristo! (cfr. Hch 2, 37-39). Comenzaba así la historia de la Iglesia, de todos aquellos que unidos a Pedro y a los Apóstoles, junto con María, la Madre de Jesús, dejaron que su vida se conformase con Cristo y en Cristo, por la fuerza y efusión del Espíritu Santo... Comenzaba un nuevo tiempo para la historia del hombre y de la entera creación, marcada por la esperanza de recobrar definitivamente la plenitud del ser y poder ser hombre a imagen de Dios, como hijo de Dios, o lo, que es lo mismo, de alcanzar la gloria y la felicidad eterna: ¡la salvación!

El primer Pentecostés sigue operante en la Iglesia y el mundo

El acontecimiento del primer Pentecostés sigue operante en la Iglesia y el mundo del 2005 con un viveza sorprendente y singular. Lo hemos podido comprobar todos los católicos y los hombres de buena voluntad en lo vivido en Roma los días de la muerte de nuestro muy querido Juan Pablo II y de la elección de nuestro nuevo Santo Padre Benedicto XVI. Hemos asistido con honda emoción al ejemplar y piadoso paso de este mundo al Padre del que el pueblo de Dios no ha vacilado en llamarle “santo” “el grande”. La Iglesia que peregrina en Madrid guarda un recuerdo imborrable de la cercanía y del cariño de Aquel que nos visitó en tres ocasiones con solicitud de padre: entusiasmó a los jóvenes, nos alentó para no decaer en el desánimo y las frustraciones de nuestro tiempo y, así, poder continuar nuestra labor evangelizadora. Con la esperanza puesta en la resurrección de la carne y el triunfo del Resucitado por la obra santificadora del Espíritu custodiaremos el piadoso recuerdo de su amor inquebrantable a Cristo y de su entrega martirial a la Iglesia. Nosotros seremos su más hermosa memoria. Y hemos vivido también el regalo del Espíritu, que jamás abandona la nave de la Iglesia y que la conduce al puerto del Reino de Dios, en la

persona del nuevo Vicario de Cristo en la tierra, sucesor de Pedro y obispo de Roma, Su Santidad Benedicto XVI. También él ha estado entre nosotros y conoce nuestra Archidiócesis. Agradecemos al Señor el nuevo Papa y rogamos por él para que sea el pastor y pescador de hombres que Cristo quiere y la Iglesia necesita.

Lo acaecido en Roma ofrecía al mundo una hermosa imagen de la Iglesia habitada por el Espíritu Santo. Su eco en Madrid no fue menos emocionante: jornadas de intensa oración que nos descubrían el rostro de una Iglesia joven que quiso -y quiere- caminar por las sendas, siempre nuevas, del Evangelio, convencida de la intercesión de ese inigualable Papa, peregrino de todos los caminos del mundo, el inolvidable Juan Pablo II, que supo hablar al hombre de nuestro tiempo en todos sus lenguajes y con un mensaje bien cercano y comprensible: ¡Jesucristo te ha salvado! ¡Dios te ama por su Espíritu infinitamente! Una Iglesia que pedía con confianza y emoción al Espíritu Santo un nuevo Pastor que la guiase y animase a asumir con fresco vigor apostólico el reto de una renovada transmisión de la fe a todos los madrileños. Como lo había venido sintiendo y percibiendo en su III Sínodo diocesano de Madrid. Los que hemos participado en él, tanto los numerosos grupos de preparación y consulta como los miembros elegidos para la Asamblea Sinodal, hemos podido experimentar gozosamente la presencia del Espíritu Santo en la común escucha de la Palabra, en la oración compartida y robustecida por la vuelta a la vida interior y en la experiencia de los vínculos de caridad y de comunión que nos unen tan íntimamente a Pastores y fieles. Sí, lo comprobamos: ¡alumbró la esperanza! ¡alumbrará la esperanza en el corazón de la Iglesia Diocesana de Madrid, de todos los madrileños, sus hijos! ¡de los que están dentro y de los que se han quedado fuera! Hemos podido verificar de nuevo que el Espíritu del Padre y del Hijo, como alma de la Iglesia naciente y de la humanidad, engendra la nueva familia de Dios cuando no encuentra los obstáculos de la cerrazón del corazón y de una libertad mal usada y obstinada en el pecado; es más, hace que los que encuentran y siguen al Señor formen una comunidad nueva, la Iglesia siempre viva, joven y libre; y convierte este valle de lágrimas en jardín de Dios (Benedicto XVI).

¡Pentecostés del año 2005! De nuevo se hace actualidad el envío del Espíritu Santo y se nos abre una vez más la puerta de la única esperanza que no defraudará jamás a ninguna criatura. Porque se llena el vacío del hombre y se hacen fértiles todos los desiertos humanos, los de la pobreza, los del hambre y la sed, el del abandono y soledad y, sobre todo, el desierto interior del que tiene que vivir sin

fe. Con la llegada del “dulce huésped del alma” se sanan las heridas del hombre enfermo con la promesa cierta y segura de la vida eterna. El es la luz que proviene de Dios, el Padre amoroso del pobre: del pobre del cuerpo y del pobre del alma, del que carece de vida interior.

¡Pentecostés del año 2005! En la Iglesia sigue presente el amor con que nos amó Jesucristo; ella es el lugar donde podemos reconocerle en su palabra, en sus gestos, en sus acciones -¡los sacramentos tienen la eficacia de las acciones del Señor!-, en la gracia y el mandamiento del amor.

Pentecostés del año 2005 en Madrid: San Isidro Labrador

Pentecostés coincide este año con la Fiesta de nuestro santo Patrón, san Isidro Labrador: Patrono de la Corte y Villa de Madrid y de los labradores de España y de muchos pueblos de Europa. Los santos son el fruto permanente de Pentecostés; el mejor espejo en el que se descubre la presencia y acción del Espíritu Santo en la historia del hombre y de un pueblo; los testigos vivos y concretos de una existencia, alumbrada por la esperanza. Así sucede con San Isidro Labrador, sencillo y humilde padre de familia, que conoció la orfandad y la pobreza desde su más temprana infancia. Así se nos muestra de nuevo a los madrileños en este año singular de la coincidencia de la celebración de su Fiesta con la Solemnidad de Pentecostés.

La biografía de San Isidro Labrador es inseparable de la de su esposa Santa María de la Cabeza y de la familia que ambos formaron a través de su matrimonio. Lo vivieron santamente desde sus comienzos. Cooperadores de Dios y testigos de la fe, manifestaron con su vida de un amor acrisolado al hijo y a los pobres la santidad del vínculo matrimonial y la fecunda belleza, humana y espiritual, del matrimonio cristiano. Su ejemplo -y precisamente como ejemplo de familia cristiana- sigue siendo tan actual como lo fue a lo largo de los siglos. ¡Quizá nos resulte hoy más aleccionador que nunca!

La familia en un momento de graves dificultades

A nadie se le oculta que la familia atraviesa hoy por uno de los momentos más difíciles de su historia. Muchas son, en la actualidad, las hondas discrepancias

sobre la naturaleza del matrimonio y de la familia, al menos por lo que respecta a las teorías y formas de concebirla, propuestas en los más variados foros de la vida cultural, social y política. Muchos son también los problemas y las crisis con que se tienen que enfrentar hoy en España y en Madrid. Se acrecientan las distancias, incomprensiones y rupturas matrimoniales. Se impone, de un modo irracional, una nueva comprensión de las relaciones entre el varón y la mujer. Se pretende incluso, usando el instrumento noble de la ley humana, desnaturalizar el matrimonio y la familia en lo más hondo y constitutivo de su ser, con la desnaturalización consiguiente de la ley misma que pierde la función que le da sentido, de ser cauce vinculante de realización de la justicia. Las víctimas primeras y principales... los hijos; y, luego, los actores mismos de las crisis y toda la sociedad. Debemos sentir como una llamada urgente, en el interior de nuestras conciencias, que únicamente protegiendo y promoviendo la dignidad natural del matrimonio y de la familia encontrarán las nuevas generaciones el lugar insustituible ¡el hogar! donde se recibe, conoce y aprende la lección fundamental e imprescindible del amor gratuito, fuente de una vida digna del hombre y clave de su desarrollo como persona, llamada a ser y vivir como hijo de Dios y hermano de sus semejantes, responsable de su destino y del bien común.

Ese deber nos incumbe a todos. A la Iglesia y a sus pastores de un modo especialmente grave e ineludible. No pueden ni deben callar la voz del Evangelio de la familia y de la vida. Han de saber colocar en el centro mismo de la comunidad cristiana, en cualquiera de sus formas, la verdad y la presencia de la familia como “la Iglesia doméstica”, la célula básica con la que se entreteje todo el organismo divino-humano de la Iglesia.

Incumbe a los poderes e instituciones públicas con no menor gravedad y con una urgencia que no admite demoras. El vigente marco jurídico y administrativo en el que se ven obligados a desarrollar hoy los jóvenes el proyecto y la realidad de su matrimonio, deseosos de fundar un hogar y una familia en el que puedan nacer y educarse sus niños como se merecen, está cuajado de impedimentos y dificultades cada vez más onerosas. La responsabilidad de sus titulares en este estado de cosas es enorme ante Dios y ante los hombres.

Incumbe, por supuesto, a toda la sociedad y a los ciudadanos sin excepción, pero principalmente a los propios padres y madres de familia que necesitan del apoyo afectivo y efectivo de todos, al menos de los cristianos, especialmente a

la hora de tener que unirse y apoyarse mutuamente de cara al futuro. Muchas han sido las voces que se han dejado oír en nuestro reciente Sínodo Diocesano reclamando una atención pastoral, social y jurídica, decidida, a favor del verdadero matrimonio y de la familia, cuna y hogar de la vida y de la fe y escuela básica e insustituible del más rico humanismo, como lo ponen por lo demás de manifiesto con una nueva e irrefutable evidencia el matrimonio y la familia del Patrono de Madrid.

¡Que se facilite y no se entorpezca a los jóvenes esposos, marido y mujer, el que puedan vivir su matrimonio como una unión y comunión indisoluble de amor y de vida! ¡Que puedan educar ellos, en primera persona, a sus hijos en todos los aspectos y ámbitos que implican y determinan la vida y el destino de las personas, desde la fe y la conciencia moral hasta la sociedad y la cultura, sin intromisiones impositivas de ningún género! ¡Que la labor de la madre, o, en su caso, del padre, al engendrar y al educar a sus hijos en el cuidado diario de su hogar se valore y retribuya justamente con no menor peso y significado económico y jurídico que el de los profesionales que se dedican a tareas similares en centros de acogida y de enseñanza! ¡Que todos los niños puedan nacer sin que nadie los destruya o manipule en los primeros instantes de su existencia! ¡Que no haya hogar sin niños; ni niños sin padre ni madre; ni hijos sin hermanos! ¡Que no nos sobren en casa nuestros padres y familiares mayores o enfermos!

Nuestras plegarias por las familias madrileñas

Madrid ha celebrado siempre la Fiesta de su Patrono en familia. San Isidro ha sido primariamente a lo largo de toda la historia religiosa y civil de Madrid una fiesta de las familias madrileñas. Vamos a pedirle hoy, como intención especial de la celebración de este año, que continúe siendo su modelo y aglutinador en el presente y en el futuro. Que cuenten para ello con la presencia y acción del Espíritu Santo y con los continuos cuidados maternos de Ntra. Sra. de La Almudena que no les faltarán. La respuesta generosa y comprometida de los cristianos madrileños no puede ser otra que la de defender, proteger y promover la verdad y el bien del matrimonio y de la familia de acuerdo con la voluntad de Dios: ¡la verdad y el bien de nuestras familias!

De este modo se abrirán y ampliarán los caminos de la paz interior, de la felicidad personal y familiar, de la comprensión mutua entre generaciones y entre

grupos humanos, entre nosotros y los emigrantes, ¡también hermanos nuestros! Se asentará firmemente la paz: la paz que Dios da por su Espíritu a los que le temen y le aman.

Amén.

CONSAGRACION DE ESPAÑA AL
INMACULADO CORAZÓN DE MARIA.
PARA QUE NOS VALGA EN ESTA HORA CRUCIAL DE
NUESTRA HISTORIA

Zaragoza, 22 de Mayo de 2005

Mis queridos hermanos y amigos:

Hoy, en Zaragoza, en la Plaza del Pilar, en el marco de una solemnísimas celebración eucarística, los Obispos Españoles vamos a consagrar a España al Inmaculado Corazón de María, cumpliendo el acuerdo de la Asamblea Plenaria de la CEE de 25 de noviembre del pasado año, 2004. Queremos expresar de este modo espiritual y eclesialmente tan significativo, en el santuario mariano por excelencia de España y como momento central del Año de la Inmaculada, nuestro propósito de confiar de nuevo el amor inmaculado de María Santísima el presente y el futuro de nuestras diócesis y de todos los hijos de nuestra patria común.

No es la primera vez que los Pastores de las Iglesias Particulares de España la consagran a la Virgen Inmaculada y en el mismo lugar, Zaragoza, en donde se venera a María como Virgen del Pilar, la advocación mariana que nos remonta a los mismos albores de la evangelización de los españoles. Ya en 1954 fue consagrada España al Corazón Inmaculado de María en el contexto del magno congreso con el

que culminaba en las diócesis españolas la celebración del Año Mariano convocado por el Papa Pío XII, de insigne memoria, con motivo de la conmemoración del primer centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María. Eran años aquellos, al comienzo de la segunda mitad del siglo XX, difíciles y esperanzados a la vez para la Iglesia y para el mundo. Por un lado, se estaba sometiendo a la Iglesia Católica a una persecución implacable al otro lado del “telón de acero” que atravesaba Europa desde el Mar Báltico hasta el Adriático, en los países comunistas del centro y del este europeo dominados por la Unión Soviética. No sin razón se acuñó la expresión de “la Iglesia del silencio” como retrato fiel de la situación de opresión por la que estaba atravesando. Pero, por otro, se estaba viviendo en la otra Europa y en el mundo, salido de la terrible tragedia de la Segunda Guerra Mundial, secreta e invisiblemente sostenido por el martirio de tantos hermanos, como un tiempo nuevo de redescubrimiento fresco y creador del Evangelio de Jesucristo y de su fuerza humanizadora, única e insustituible, de la sociedad, del Estado y de la comunidad internacional. Sobre todo Europa y la América de raíces cristianas caían en la cuenta de lo que significaba el valor de la inviolable dignidad de la persona humana y del reconocimiento de sus derechos fundamentales para llevar a la práctica la realización de un nuevo orden político y de una cultura universal, basada sobre el sólido fundamento de la libertad, la justicia, la solidaridad y el amor o caridad social. Ante el temor de una nueva guerra, siempre latente en la situación de “guerra fría” en la que se encontraba la humanidad, se alzaba el ideal de la paz no sólo como algo posible y realizable sino, incluso, como la apuesta verdaderamente victoriosa del futuro.

¡Un nuevo e inusitado fervor espiritual y ardor apostólico comenzaba a vibrar en la Iglesia! ¡Un renovado empeño de cristianización de las realidades temporales se abría camino, superando la sociedad de clases y el subdesarrollo de los países coloniales, confiando que también serían vencidas las nuevas y terribles formas de totalitarismo político, instauradas por los regímenes comunistas! ¿Cómo llevar adelante, ese gran impulso de una historia, guiada por el Espíritu, y con qué energías humanas y espirituales, sino se acudía con actitud humilde y confiada a la fuente de la gracia sobrenatural, al Corazón Divino de Cristo y a la Mediadora de su gracia y de su amor, a su Madre Santísima, la Virgen Inmaculada? Así lo hizo el Papa Pío XII, puesta su mirada de “Pastor Angélico” en el bien de la Iglesia Universal y en el destino de la humanidad. Así lo hicieron los Obispos Españoles con sus comunidades diocesanas, buscando consolidar el bien y la paz de España. Su fórmula, la consagración a María, a su Inmaculado Corazón. La había dado a conocer y la había pedido Ella a través de sus mensajes a los videntes de Fátima. La fórmula,

aparentemente sencilla y susceptible de ser interpretada de modo ritualista y puramente sentimental, encerraba una gran belleza y hondura espiritual y un exigente dinamismo apostólico. Una Iglesia en la que sus pastores, consagrados y fieles laicos, personal y comunitariamente, consagran su vida al Corazón Inmaculado de María, significa que está abriéndose hasta lo más hondo de su ser a su influencia divina y humanamente maternal, en su vida de fe, esperanza y caridad. Una sociedad, consagrada al amor inmaculado de María, equivale a ponerse en disposición de dejarse impregnar, sin reserva alguna, de misericordia, de perdón, de esperanza, de amor y de paz o, lo que es lo mismo, a ponerse en condiciones de vivir un verdadero proceso de regeneración moral y espiritual al servicio de bien integral de la persona humana y de las instituciones naturales básicas en las que ésta nace, se forma y desarrolla digna y plenamente, a saber, el matrimonio y la familia.

El momento histórico de nuestra consagración a María Inmaculada, en esta mañana primaveral de la Zaragoza mariana y de la España que venera desde tiempos inmemoriales su Virgen del Pilar, es también igualmente nuevo ¡casi inédito! en dificultades y en esperanzas. El olvido de las raíces cristianas se manifiesta grande y radical en sectores considerables de la sociedad española; las consecuencias en el orden del respeto y amor al hombre desde el primer momento de existencia en el vientre de su madre hasta su muerte natural y los efectos sobre los sentimientos de solidaridad entre todos los españoles son gravemente negativos. Y viceversa, el aliento del Espíritu Santo, como en un renovado Pentecostés, recorre toda la geografía espiritual y cristiana de España, tocando y transformando el corazón de muchos jóvenes, identificados con Juan Pablo II y su llamada a la nueva Evangelización, hasta el punto de una entrega al Señor sin condiciones y paliativos de ningún género. ¡No hay duda! Se ha encendido una llama de esperanza que ilumina el horizonte actual de nuestro pueblo.

Urgía, por tanto, confiar esta hora de España, tan grávida de temores y esperanzas, al Corazón Inmaculado de María, sabiendo que con Ella se puede vencer al Maligno, “la serpiente”, asumiendo el exigente reto de la Nueva Evangelización. Consagrándonos a Ella en España, en “la tierra de María” -como gustaba llamarla Juan Pablo II-, estamos seguros que alumbrará con nuevo fulgor y con nuevo y encendido calor la luz y la llama del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. ¡El alma y el futuro de España serán cristianas en plenitud, es decir, católicas, o no serán! Urgía encomendarse a la Virgen con desprendida y filial confianza, siguiendo el ejemplo de Santa Teresa de Jesús cuando murió su madre: “Acuérdome que, cuando murió mi madre -cuenta ella-, quedé yo de edad de doce años, poco me-

nos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fui a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido...” (Libro de la Vida, 1,7).

¡También nos valdrá a nosotros en esta hora tan crucial de nuestra historia!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

Pza. de Oriente, 29 de mayo de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

“Mane nobiscum Domine”: “quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va declinando” (Lc 24,29).

¡Con cuánta razón debemos hoy, en este “Corpus” del año 2005, renovar en la Iglesia y en el mundo la súplica de los discípulos de Emaús al Señor Resucitado: “quédate con nosotros”! La hora histórica que estamos viviendo nos mueve a ello como un impulso vibrante y ardiente del Espíritu.

1. Nos mueve el momento actual de la Iglesia, convocada por nuestro amado Juan Pablo II a celebrar un Año de la Eucaristía, como coronación del camino recorrido con él durante casi tres décadas en la encrucijada de un nuevo Milenio.

¿Cómo proseguir el camino emprendido? No había otra fórmula para poder ofrecer al hombre de este tiempo, tan magnífico y tan dramático a la vez, un horizonte de verdadera esperanza que la de mostrarle el rostro de Cristo en todo su

esplendor y belleza. ¿Y dónde se le encuentra a este Cristo, Crucificado y Resucitado por nuestra salvación, sentado a la derecha del Padre, de forma más realmente presente y cercana para el hombre que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía? El mismo Juan Pablo II enseñaría con un nuevo y encendido vigor expresivo que por medio de la Eucaristía “Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre... La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo” (Mane Nobiscum, 16). Nuestro nuevo Santo Padre no dudaría ni un segundo en confirmar la vigencia del Año de la Eucaristía, subrayando sus intenciones teológicas y pastorales más profundas y actuales: “pido a todos -nos decía en su primer Mensaje al finalizar la Santa Misa en la Capilla Sixtina al día siguiente de su elección- que en los próximos meses intensifiquen su amor y su devoción a Jesús Eucaristía y que expresen con valentía y claridad su fe en la presencia real del Señor, sobre todo con celebraciones solemnes y correctas”.

La Iglesia de este siglo y milenio que acaba de comenzar, cuarenta años después de la clausura solemne del Concilio Vaticano II, necesita empaparse de la mirada de luz, del amor transformador y de toda la vida y persona de Cristo si quiere estar a la altura de lo que el Señor le pide y los hombres de este tiempo necesitan y ansían en el secreto más íntimo de su corazón. Esa fue la senda doctrinal y pastoral marcada luminosamente por Pablo VI y Juan Pablo II en sintonía y continuidad mutua y creativa. Esa fue la senda fiel y dinámicamente seguida por todos aquellos de sus hijos que nunca abandonaron ni cuestionaron el surco jerárquico de la comunión eclesial. Los frutos de la buena semilla sembrada están a la vista: son frutos de santidad, de nuevas y jóvenes realidades eclesiales y de nueva evangelización. ¡No nos dejemos engañar pues por los espejismos de los que desde dentro o desde fuera de la Iglesia proponen sustituir explícita o implícitamente, en orden a una supuesta y todavía pendiente renovación conciliar, la medida de la vivencia plena del Misterio de Cristo por la de la acomodación relativista y secularizadora de su palabra, de sus sacramentos y de la ley nueva y mandamiento del amor. Se trata, en el fondo, de la fórmula contemporánea de la tentación que ha acechado a la Iglesia siempre y reiteradamente desde los días de la primitiva comunidad cristiana: la fascinación por el éxito y la eficacia humana; cambiar el Espíritu de Cristo por el espíritu de este mundo. Es lo de siempre, lo de los judíos que disputaban entre sí, “¿cómo puede éste darnos a comer su carne?”; y que no querían comprender el discurso de Jesús: “Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (cfr. Jn

6, 5-58). ¡No! no podemos caer en la tentación de querer ofrecer un cristianismo a muestra pobre medida, a la medida de lo más elementalmente humano, supuestamente accesible y aceptable para la sociedad actual, a costa de empequeñecerlo ética y espiritualmente: a costa de la verdad y de la vida que viene del Misterio de Cristo.

¡Cómo no vamos pues a suplicarle al Señor en esta Solemnidad del Corpus Christi del año 2005: “Quédate con nosotros”! Quédate con nosotros para que la nueva primavera de la Iglesia que ya se anuncia, avance y florezca en toda la geografía de la tierra.

2. Nos mueve el momento actual de nuestra Archidiócesis de Madrid

La Iglesia particular de Madrid ha vivido en los tres últimos años un tiempo extraordinario de gracia y bendición con motivo de la preparación y celebración del Sínodo Diocesano, el tercero de su joven historia ¡el Sínodo del Vaticano II! Pastores y fieles veníamos sintiendo la urgencia de transmitir el don de la fe a nuestros hermanos, los madrileños de toda suerte y condición, especialmente, a los más jóvenes y más frágiles ante la fuerza seductora de las propuestas y modelos de vida -¡una vida supuestamente feliz!-, planteadas explícitamente en contra de Dios o, en todo caso, al margen de Dios; como si no existiese. ¿Cuál sería el método para convencerles de la verdad, la eterna novedad y belleza de la propuesta cristiana, la del Evangelio? Puestos en un ambiente de libre, honda y auténtica comunión eclesial, escuchando la Palabra de Dios y orando unidos, con nuestros pastores, conociéndonos y queriéndonos con el estilo y la forma de la fraternidad cristiana, descubierta de nuevo como una riqueza absolutamente singular, nos dimos cuenta de que sólo había un verdadero camino: el de la Iglesia de María y de los Santos, los conocidos y los anónimos, es decir, el de la Iglesia que busca experimentar en su vida, cada vez más intensa e integralmente, la presencia y acción de Jesucristo, Verbo de Dios Encarnado, el Cristo de la Pascua Nueva y Eterna, el Cabeza de la Iglesia y el Señor del Universo, el que vendrá de nuevo y definitivamente para examinarnos del amor en el momento final de la historia, en la hora de “los nuevos cielos y de la nueva tierra”.

Esta excepcional circunstancia diocesana nos impulsa a suplicar en esta Misa del Corpus Christi y en la procesión que recorrerá a continuación las calles de “nuestro querido y viejo Madrid”: ¡“quédate con nosotros, Señor”! ¡Quédate con

nosotros para que podamos transmitir a todos los madrileños con nuevo ardor el don de la fe que profesaron sus padres, fuente infatigable de la verdadera vida, la gran novedad que nunca envejece, ni fenece!

3. Nos mueve el momento actual del mundo

Un mundo globalizado en todos los ordenes de la existencia humana... ¡ese es nuestro mundo! Los distintos ámbitos donde se desarrolla la vida y se labran los destinos de la humanidad -la economía, la sociedad, la comunidad política, la ciencia y la cultura, la religión...- se encuentran relacionados a nivel mundial con creciente complejidad, produciéndose un fenómeno histórico singular, indiscutible y probablemente irreversible. ¿Cuáles son las bases jurídicas y políticas que lo sustentan y los criterios éticos y humanos que lo guían? El panorama de pobreza y miseria material y espiritual que se ofrece al observador de la mayor parte de la geografía humana de comienzos del siglo XXI y que se entrecruza con el escenario de los países más desarrollados de Europa y América -incluida España- donde se ponen en cuestión derechos fundamentales de la persona humana, cuando no su propia dignidad y las de sus instituciones básicas -el matrimonio y la familia-, obliga a pensar que no es el hombre, su bien integral, su futuro en justicia y solidaridad y una paz digna lo que se ha colocado en el centro de los planes, programas e iniciativas que tratan de dirigir y controlar el proceso globalizador; y menos se tiene en cuenta a Dios y a su Ley. Es más, se usa mal y se manipula su nombre, vaciándolo de todo su contenido real y de cualquier significado trascendente, e, incluso, se le instrumentaliza blasfémicamente al servicio del terrorismo y de la siembra de odio entre los pueblos. Tampoco puede extrañarnos: ¡perdiendo a Dios, pervirtiendo el uso de su nombre santo..., se pierde al hombre, se le convierte en muñeco del poder, se le explota y se degrada al máximo, hasta su eliminación física si conviene.

Sin embargo, no faltan las luces que iluminan el horizonte de ese movimiento imparable de unidad que abraza ya a todo el orbe: la luz de la búsqueda del verdadero Dios en el dialogo interreligioso, el ansia de proyectos grandes y solidarios de vida de muchos jóvenes, la entrega activa de personas, grupos e iniciativas institucionales que han vislumbrado y, muchas veces, puesto en práctica el valor de lo que los últimos Papas han llamado y proclamado “la civilización del amor”; y, luego, la inmensa y silenciosa solidaridad de la oración de tantas almas contemplativas, que según el modelo de la mejor tradición cristiana abarca todas las necesidades espirituales y corporales de los hombres sin conocer fronteras. ¿Y cómo no recor-

dar en este contexto la forma tan llena de hondo respeto y de conmoción espiritual con que el mundo globalizado ha respondido al fallecimiento de Juan Pablo II y a la elección del nuevo Romano Pontífice, Benedicto XVI?

Sí, el mundo necesita a Cristo. Lo necesita próximo, realmente presente y operante en el corazón de cada hombre y en el interior de toda la familia humana...

¡Señor, quédate con nosotros para que lo que parece ocaso en la hora actual del mundo se convierta en una nueva y luminosa aurora de vida y de paz!

4. ¡El Señor se ha quedado ya entre nosotros!

Pero... si Jesucristo está ya entre nosotros, en su Iglesia, en el Sacramento de la Eucaristía de forma inefable... Se han quedado atrás los desiertos de la humanidad a la búsqueda religiosa de Dios, de un Dios vivo y verdadero; ya ha sido recorrido el camino del desierto por el Pueblo elegido, Israel, alcanzando la tierra prometida, en virtud de la intervención libérrimamente misericordiosa y liberadora de Yahvé; incluso Jerusalén, la ciudad del templo y de la alianza, la ciudad santa, ha quedado superada como lugar privilegiado de la presencia del Altísimo: una presencia distante y muchas veces burlada y olvidada por sus hijos e hijas... El Señor habita ya en medio de nosotros como uno de nosotros, por su Encarnación, vida, pasión, muerte y resurrección. Es Él mismo, su Cuerpo, el nuevo y definitivo Templo, levantado en tres días para la gloria de Dios y la salvación del hombre. A Él, el Señor del cielo y de la tierra, se le encuentra substancialmente presente en la indecible humildad de las especies eucarísticas.

El “quédate con nosotros” de nuestras plegarias debe ser convertido en este tiempo de la Iglesia y por el Sacramento de la Eucaristía en un: ¡“Señor que reavivemos y revitalicemos la fe, la piedad, el culto y la veneración eucarística en la vida de nuestras comunidades parroquiales, en las celebraciones de la Iglesia Diocesana, en los encuentros de la Iglesia Universal...! Muy cerca está ya la XX Jornada Mundial de la Juventud con el Santo Padre en Colonia... ¡Señor, que sepamos colocar de verdad en el centro de toda la vida cristiana el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, su fuente y culmen, el Sacramento del Amor de los Amores, como lo venimos cantando en España tan bellamente desde hace casi un siglo! Y, permitidme ahora un ruego: hagamos objeto de nuestra plegaria eucarística de este Corpus Christi del Año de la Eucaristía en el Madrid del III Sínodo Diocesano, el

deseo final de Juan Pablo II en la Carta Apostólica “Mane nobiscum Domine”: “Aunque el fruto de este año fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas la celebración de la Misa dominical e incrementar la adoración eucarística fuera de la Misa, este Año de Gracia habría conseguido un resultado significativo” (Mane Nobiscum, 29).

¡Venid, pues, adorémosle! ¡Adoremos a Jesús-Eucaristía! ¡Que le digamos con Santa Tresa de Jesús: “Oh Señor mío y Bien mío, que no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma! ¡Que queráis vos, Señor, estar así con nosotros, y estáis en el sacramento, que con toda verdad se puede creer, pues lo es... pues decís ser vuestro deleite estar con los hijos de los hombres!” (Libro de la Vida 14, 10).

Se lo sabremos decir con acierto si nos dejamos llevar de la mano de la Virgen María, Virgen Inmaculada de La Almudena, Madre y Señora nuestra, “Mujer Eucarística”.

Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

CURIA DIOCESANA:

Delegado del Sr. Cardenal en el Patronato de la Fundación Casa de la Familia: Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid (31-05-2005).

Juez Diocesano del Tribunal Eclesiástico Metropolitano: Ilmo. Sr. D. Francisco Javier Martín Bautista, renovación por cuatro años, (23-04-2005).

PARROCO:

De Santa Teresa y San José: P. Antonio González López, O.C.D. (11-05-2005).

VICARIO PARROQUIAL:

De Santa Teresa de Jesús, de Tres Cantos: D. Mauricio Antonio Jiménez Fera (12-04-2005).

De Santa Teresa y San José: P. Francisco Rafael Brändle Matesanz, O.C.D. (11-05-2005).

De Santísimo Sacramento: P. José Antonio Rivera, S.S.S. (17-05-2005).

De Buen Pastor: P. Pedro del Saz Carrasco, O.R.S. (17-05-2005).

De Santa María la Real de la Almudena: P. Juan María López de la Varga, P. Juan Antonio Hernández Vázquez, O.R.C. (31-05-2005).

De Cristo de la Paz: P. Jesús Wilfredo Arana Quicaña, O.F.M y P. Dionisio Fernández Fernández, O.F.M. (31-05-2005).

ADSCRITO:

A la Parroquia de Santa María la Real de la Almudena: D. Enrique González Gil (12-4-2005).

A Santa María del Camino y Nuestra Señora de la Palabra: D. Pedro García García (17-05-2005).

A Nuestra Señora de las Victorias: D. Fernando Fernández Fernández (17-05-2005).

OTROS OFICIOS:

Capellán de la Sacramental y Ermita de San Isidro: D. José Ramón Fernández Aranda (12-4-2005).

Capellán del Hospital del Niño Jesús: D. Andrés Gaspar Castillo Sanz (17-05-2005).

Consiliario de la Legión de María: D. Carlos Melero Fernández (17-05-2005).

SAGRADAS ÓRDENES

- El día 14 de mayo de 2005, el Emmo. y Rvdm. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, confirió, en la Colegiata de San Isidro, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado a los Rvdos. Sres.

D. Daniel José Barroso Huerta,

D. Antonio Iannotti,

D. Jenaro Augusto Jiménez López,

D. Jaime Llerena Carrasco,

D. Ignace Raymond,

D. Augusto Sugiera Villareal,

D. José Miguel Vila Palacios, diocesanos de Madrid, y

D. Ignacio de Rivera Martín y

D. Luis Granados García, diocesanos de Cuenca y miembros del Instituto Religioso Discípulos de los Corazones de Jesús y María.

DEFUNCIONES

- El día 25 de abril de 2005, D. BENITO BRASA, a los 89 años de edad, padre del sacerdote D. Nicanor Brasa Prieto, párroco de la Parroquia de San Gerardo María Mayela, de Madrid.

- El día 29 de abril de 2005, D^a. CONCEPCIÓN OBISPO, a los 88 años de edad, madre del sacerdote D. Félix Gascueña Obispo, párroco de la Parroquia Santísima Trinidad, de Collado-Villalba (Madrid).

- El día 30 de abril de 2005, a los 96 años de edad, D. BENIGNO VILLALOBOS HIDALGO, padre del sacerdote diocesano de Madrid, D. Secundino Villalobos Barriuso, Coordinador de Inventario y Patrimonio de la Archidiócesis de Madrid.

- El día 30 de abril de 2005, D. ÁNGEL SÁNCHEZ JIMÉNEZ, suegro de D^a. Maribel Cristobal Atienza, empleada del Arzobispado.

- El día 24 de mayo de 2005, D^a. SEGUNDA NIETO, madre de los sacerdotes diocesanos de Madrid, D. Isaías y D. Antonio Barroso Nieto, párrocos de San Juan Crisóstomo y Santa Rosalía, respectivamente.

- El día 24 de mayo de 2005, D^a. ISIDORA GUILARTE, madre de D. Manuel del Campo Guilarte, sacerdote diocesano de Burgos, Director del Instituto de Ciencias Religiosas de la Facultad de San Dámaso.

- El sábado 28 de mayo de 2005, D^a ADELA MALO HERRÁNZ, tía del sacerdote D. Esteban Malo López, coadjutor de Nuestra Señora de Covadonga, de Madrid, a los 84 años de edad.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL MAYO 2005

- Día 1:** Misa de la Pascua del Enfermo en la Colegiata de San Isidro.
Inauguración de la ornamentación de la parroquia de Nuestra Señora de Europa.
- Día 2:** Consagración de la parroquia de San Clemente Romano.
- Día 3:** Homenaje de los jóvenes al Papa Juan Pablo II en el Colegio Obispo Perelló.
- Día 4:** Entrevista con La Razón.
- Día 5:** Comité Ejecutivo de la CEE.
Visita pastoral a la parroquia de San Vicente Ferrer, en la Vicaría III.
- Del día 6 al 9:** Viaje a Valencia con el Consejo Episcopal, con motivo de la fiesta de Nuestra Señora de los Desamparados.
- Día 10:** Fiesta de San Juan de Ávila, en el Seminario.
- Día 11:** Consejo Episcopal.
Misa con la Asociación de Viudas, en la Colegiata de San Isidro.
- Día 13:** Recibe a los futuros presbíteros.
- Día 14:** Ordenación de presbíteros en la Colegiata de San Isidro.
Clausura del Sínodo Diocesano.
- Día 15:** Misa en la fiesta de San Isidro, en la Colegiata.
Bendición en la pradera de San Isidro.
Procesión.
- Día 17:** Consejo Episcopal.
Confirmaciones en el Colegio Veracruz, de Galapagar.
- Día 18:** Almuerzo con sacerdotes.

Día 19: Jornada de Santificación Sacerdotal, en las Oblatas de Cristo Sacerdote.

Día 20: Reunión de la Provincia Eclesiástica.

Día 22: Viaje a Zaragoza. Peregrinación con motivo del 150º del Dogma de la Inmaculada Concepción.

Día 24: Consejo Episcopal.

Conferencia en Guadalajara.

Día 25: Visita a la Obra Social Ascensión Sánchez.

Día 26: Confirmaciones en el Colegio Alcolea.

Día 27: Comisión Permanente del Presbiterio, en Los Molinos.

Inauguración de la Feria Ekumene, en la Casa de Campo.

Día 28: Vigilia del Corpus Christi.

Día 29: Celebración solemne del Corpus Christi.

Día 31: Consejo Episcopal.

Consejo de Cáritas.

Bendición e inauguración de la Capilla del Palacio Arzobispal.

INFORMACIÓN

SACERDOTES QUE CELEBRAN BODAS DE ORO Y PLATA

SACERDOTES QUE CELEBRAN BODAS DE ORO DE ORDENACIÓN SACERDOTAL

D. José Acuña González.
D. Ernesto Álvarez Cadenas.
D. Bonifacio Borobia Ruiz de Infante.
D. José Bosom Arias.
D. Ignacio Cayuela Laseca.
D. Francisco Celada Merino.
D. José María Embid Gómez.
D. Fernando Fernández Fernández.
D. César Vicente Fúnez Arreaza.
D. Paulino de la Gándara Ríos.
P. Urbano García Revilla, T.C.
D. Ulpiano Juan González Blasco.
D. José Luis González Martínez.
D. Salvador González Tejero.
D. Francisco Hernández Chico.
D. Ignacio Jordán Donlo.

D. Abdón de Juan González.
D. José Manuel Lapuerta Quintero.
P. Alejandro Martínez Sierra, S.J.
D. Urbano Melendo Millán.
D. Gaudencio Monge Adeliño.
D. Félix José Moreno Pérez.
D. Luis Narganes Seco.
D. Santiago Nogaledo Alvarez.
P. Fernando Pérez de los Ríos, O.S.A.
D. Antonio Prieto Rodríguez.
D. Rafael Redondo Redondo.
D. Jesús Romero Romero.
P. Miguel Romero Tabeada, C.M.F.
D. Daniel Sánchez Merino.
D. Antonio Sancho Ruiz.
P. Samuel Maximiliano Uriel Domínguez, SS.CC.
P. Juan Ramón Urquía Barroso, S.M.
D. Pablo Valtueña Tabernero.
P. Daniel Varona González, Sch.P.
P. Miguel Ángel Vázquez Aransany, C.M.F.
D. Félix Vázquez Pindado.
P. José Vinuesa Aladro, O.F.M.Cap.

SACERDOTES QUE CELEBRAN BODAS DE PLATA DE ORDENACIÓN SACERDOTAL

P. Manuel Abad de Diego, C.M.F.
P. Jaime Alonso López, S.D.B.
D. José María Asenjo Sanz.
P. Cándido Bregón Fernández, A.A.
D. Jesús Castejón Huete.
D. Carlos Dionisio Cruz Dávila.
D. Luis María Cuellar Cuadra.
D. Manuel José Chaves Marcos.
D. Rufino García Antón.
D. Claudio García Hernández.
D. Jorge Girau Reverter.

D. Carlos Gómez Franco.
D. Juan Ignacio Jiménez Frisuelos.
D. Ramón López Merino.
D. Manuel López Ramírez.
D. Ángel Lora Astudillo.
P. Juan Antonio Martínez Camino, S.J.
D. José Antonio Martínez Díez.
D. Miguel Maury Buendía.
P. Atilano Rodríguez Martín, S.V.D.
D. Juan Ramón Sáenz Martínez.
P. Pedro Sánchez Blanco, C.R.
D. Joaquín Suárez Bautista.
P. Gonzalo Tejerina Arias, O.S.A.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

FIESTA DE N^a S^a DE LOS ÁNGELES

Getafe, 15 Mayo 2005

Solemnidad de Pentecostés

Lecturas: *Hch* 2,1-11; *1 Co* 12,3-7.12-13; *Jn* 20,19-23.

1. Celebramos hoy la fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles en el marco de Pentecostés. En esta solemnidad litúrgica contemplamos a la Iglesia naciente, que, animada por la fuerza del Espíritu Santo, sale con paso decidido de aquella “sala de arriba”, donde los apóstoles perseveraban unidos en la oración con María, la Madre de Jesús. El Espíritu les había transformado, cambiando su miedo en valentía y su silencio en palabras, que anunciaban al mundo el Evangelio, la Buena Nueva de la salvación, llevada a cabo por Jesucristo, con su muerte y resurrección.

Consumada la obra que el Padre había encomendado realizar al Hijo sobre la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar a la Iglesia y abrir a los fieles el acceso a Dios Padre. El Espíritu Santo es fuente de vida y manantial, que salta hasta la vida eterna, en quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado (cf. *Lumen gentium*, 4).

2. Así nace la Iglesia el día de Pentecostés. Este acontecimiento, recogido en el libro de los Hechos de los Apóstoles (cf. *Hch* 2,1-4), manifiesta de modo

pleno lo que ya había hecho Jesús en el Cenáculo el mismo día de su resurrección, como hemos escuchado en el Evangelio (cf. *Jn* 20,19-22). Allí Cristo confirió a los apóstoles el Espíritu Santo, diciéndoles: «Recibid el Espíritu Santo» (*Jn* 20, 22).

“Lo que había sucedido entonces en el interior del Cenáculo, ‘estando las puertas cerradas’, más tarde, el día de Pentecostés, es manifestado también al exterior, ante los hombres. Se abren las puertas del Cenáculo y los apóstoles se dirigen a los habitantes y a los peregrinos venidos a Jerusalén con ocasión de la fiesta, para dar testimonio de Cristo por el poder del Espíritu Santo” (Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, 25). Todos les oían hablar en su propia lengua las maravillas de Dios (cf. *Hch* 2,11).

3. Después del nacimiento de la Iglesia universal, única Iglesia instituida por Cristo, fueron apareciendo las iglesias particulares, como concreciones de la misma, donde ella está presente y opera (cf. *Christus Dominus*, 11). La iglesia particular de Getafe es de reciente creación. El Señor le regaló un buen y santo pastor, como primer obispo; y el Señor le ha regalado un buen pastor, como segundo obispo.

Todos los fieles de la Diócesis, pastores, religiosos y laicos, tienen el deber de cooperar en el desarrollo de la misma; cada uno tiene una misión propia, que nadie debe eludir. Hoy, solemnidad de Pentecostés, el Señor quiere renovar, con su Espíritu, la vida cristiana de estas comunidades.

La patrona de la Diócesis, N^{ra} S^a de los Ángeles, intercede para que se haga realidad el crecimiento y la profundización de la fe.

4. El Espíritu Santo nos ha regalado, en estas últimas décadas, dos pontífices para regir la Iglesia. Tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI son un gran don para la Iglesia, en la que estamos llamados a vivir la fe y la relación con Dios.

Esta llamada resuena en nuestros corazones, de modo especial en esta fiesta de Pentecostés, en la que el Espíritu Santo desea entrar en nuestros corazones y tomar posesión plena de nuestra vida. Todos hemos recibido de Dios la llamada, urgente y renovada, a llevar una vida santa, honrada y religiosa, vivida con autenticidad ante Dios y con radicalidad ante los hombres.

La existencia cristiana sólo es posible llevarla a cabo dentro de la Iglesia, en comunión con sus pastores y en obediencia a su magisterio. La Iglesia está viva, porque Cristo resucitado está vivo y mora en ella.

5. la Diócesis de Getafe celebra hoy la fiesta de su patrona, Nuestra Señora de los Ángeles. La Virgen estuvo con los apóstoles, rezando con ellos y animándolos. María está presente en el nacimiento de la Iglesia y en su desarrollo. Con la fuerza del Espíritu y la presencia maternal de María, los apóstoles adquirieron valor, para salir de la casa donde estaban encerrados y pregonar la Buena Nueva.

La presencia de María en nuestras comunidades cristianas, en la Congregación de N^{ra} S^a de los Ángeles, en la Diócesis, infunde confianza en nuestros corazones y nos da valor, para llevar adelante la tarea, a la que el Señor nos llama.

Nuestra sociedad necesita cristianos valientes, como los apóstoles en su época, que anuncien sin miedo la verdad del Evangelio, que sean testigos de Cristo resucitado, que proclamen con palabras y hechos la salvación que Dios nos ha traído en su Hijo Jesús. Es necesario salir fuera y hacerse presente en los distintos campos de la cultura, de la economía, de la familia, de la política; hay que asumir los retos que la sociedad tiene planteados, para poder transformarla, según el designio de Dios, como nos recuerda el Concilio Vaticano II (cf. *Gaudium et spes*, 2).

6. El Espíritu Santo no sólo alienta a la Iglesia y la nutre, sino que, en primer lugar, la constituye. Con la venida del Espíritu Santo inicia la era de la Iglesia, cuya fundación era crucial en el plan de salvación de Dios, y fue querida y preparada por Cristo a lo largo de su vida pública. Él mismo «amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (*Ef* 5,25-27).

Así también adornó a su Madre, la Virgen María, quedando constituida Madre de la Iglesia y, por tanto, Madre nuestra. En esta festividad de Nuestra Señora de los Ángeles, contemplamos a María, nuestra Madre, que colaboró con la gracia de Dios dando un “sí” lleno de fe y fue fecundada por el Espíritu Santo, dando a luz al Salvador del mundo.

7. Ella guardó amorosamente, en su corazón, cuanto su Hijo hacía y decía, y supo pasar de madre a discípula, siguiendo a su Hijo, desde el nacimiento hasta el

pie de la cruz, donde fue constituida Madre de todos los vivientes de la nueva creación, que brotó del costado abierto de Cristo: la Iglesia. María es para los hombres, sobre todo, “Madre”, porque ejerce a favor de los hombres la maternidad, que Dios quiso otorgarle: “Mujer, ahí tienes a tu Hijo” (*Jn 19,26*).

Ella, Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Madre nuestra, es el modelo que hemos de contemplar, para comprender lo que Dios nos pide en esta vida, y es también esperanza cierta de la plenitud de gloria, que alcanzaremos en la vida eterna.

Los cristianos gozamos de una Madre especial, una mujer inmaculada que el pecado no dañó; un ser sublime, que no sufrió las consecuencias del mal. Este año celebramos el ciento cincuenta aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, llevada a cabo por el Papa Pío IX. Agradecemos a Dios el maravilloso regalo de tener una Madre “llena de gracia”.

8. La advocación mariana, con que honramos y veneramos hoy a la Virgen, lleva por título “Señora de los Ángeles”. La Virgen ejerce sobre los ángeles un “señorío”, al que se someten en actitud de servicio. La Madre de Dios debe ser atendida, como se merece, por estas criaturas espirituales, creadas para ser mediadores entre Dios y los hombres.

María es también para nosotros Señora y Reina. Aunque seamos sus hijos, debemos servirla con todo respeto y delicadeza, como los ángeles. La “Congregación de N^{ra} S^a de los Ángeles” en Getafe celebra ya casi sus doscientos años de establecimiento canónico. Ser miembro de esta Congregación implica honrar y venerar a la Virgen, sirviéndola fielmente y con solicitud; ser miembro de esta Congregación exige un mayor compromiso de vivir la fe; ser miembro de esta Congregación requiere estar dispuesto a dar testimonio de vida cristiana; pide una participación asidua en la Eucaristía y la celebración periódica del sacramento de la penitencia. Si no se celebran asiduamente estos dos sacramentos, la vida cristiana languidece y se debilita.

9. Los hijos de Getafe profesáis una devoción especial a “Nuestra Señora de los Ángeles”. A lo largo de vuestra historia de amor a la Virgen, conserváis en la memoria algunos signos providenciales, que interpretáis como “caricias de Nuestra Señora” hacia sus fieles devotos. Entre estos signos permittedme enumerar, sobre todo, dos: en primer lugar, la conservación de la imagen de la Virgen, a pesar de los

avatares históricos y de los desastres bélicos; en segundo lugar, la lluvia benefactora en la fiesta de la Virgen, que los fieles devotos interpretan como signo de su amor.

La piedad popular hace hincapié en estos signos materiales, desde los cuales podemos elevarnos a una realidad espiritual. Os animo, estimados devotos de N^{ra} S^a de los Ángeles, a interpretar la conservación material de la imagen de la Virgen como una pervivencia espiritual de la devoción mariana en los cristianos de Getafe. La imagen espiritual de la Virgen se ha conservado en vuestros corazones, a pesar de los sucesos históricos, que hayan podido ocurrir; la presencia de María en vuestra vida de fe está por encima de las dificultades, por las que pueda atravesar vuestra vida, individual y social. El rostro de Nuestra Señora no se ha borrado jamás de vuestras almas y de vuestro corazón; y nada ni nadie podrá arrebatar el amor que profesáis a tan buena Madre. ¡No permitáis que desaparezca de entre vosotros la devoción a la Virgen! ¡Que Ella os siga protegiendo y os mantenga fieles a su amor!

10. En cuanto a la lluvia benefactora, de la que os sentís orgullosos, deseo asociarla a la Venida del Espíritu Santo, que hoy celebra toda la Iglesia. La vida de María va unida al Espíritu, del que recibe todo don. La “Llena de gracia” se convierte en lluvia benefactora de abundantes dádivas espirituales, que fecundan y enriquecen al pueblo de Dios.

La Virgen María, abriendo su corazón al Espíritu Santo, engendró al Verbo eterno de Dios, la Palabra hecha carne, el manantial de Salvación del mundo. En las entrañas virginales de María se han unido Dios y el hombre para siempre, en la persona de Jesucristo. Ella nos tiende su mano, para acompañarnos en nuestro caminar. ¡Que nadie rechace esa mano tendida, sino que la acoja y se aferre fuertemente a ella, para poder superar las dificultades de esta vida!

En el seno de María se han unido el cielo y la tierra; la lluvia celeste ha fecundado la tierra inhóspita. La Virgen intercede ante Dios para que derrame sobre todos nosotros gracias abundantes, como gotas de agua que fructifican en nuestros corazones.

Estimados fieles, ¡dejad que la lluvia del cielo inunde también vuestro corazón! Las aguas lustrales de la Pascua purifican y limpian la fealdad y la malicia de nuestro pecado. ¡Dejaos empapar por la lluvia del Espíritu, para producir buenos frutos de amor!

11. Nuestra fe necesita ser purificada de adherencias, tomadas de la mentalidad de nuestro tiempo. Se nos pegan las formas de vivir de nuestra sociedad, que no concuerdan con la visión cristiana; entran fácilmente por nuestros ojos las modas del mundo secular, que no están en sintonía con la doctrina católica; incluso algunas manifestaciones de fe son expresión de una ambigua religiosidad popular, más que de una piedad típicamente cristiana; nuestras creencias no están siempre en consonancia con el magisterio de la Iglesia.

La Fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles es una ocasión propicia, para pedirle que nos ayude a ser mejores cristianos; que la Virgen nos anime a purificar nuestra religiosidad; que Ella nos asista en nuestro caminar sincero hacia Cristo, su Hijo. La Virgen María invita a todos sus fieles devotos y, de modo especial, a los miembros de la Real e Ilustre Congregación de N^aS^a de los Ángeles, a vivir la fe con mayor compromiso; a profundizar en el misterio cristiano; a empeñarse cada día más en el anuncio del Evangelio.

La renovación de los Estatutos de la Congregación será un buen instrumento y una gran ayuda, para reavivar el amor a la Virgen y promover la vida cristiana de sus miembros.

12. Estimados fieles, ¡dejémonos transformar por el Espíritu Santo, como lo hizo la Virgen, N^aS^a de los Ángeles! ¡Que el Espíritu limpie nuestra miseria de pecado, sane nuestra enfermedad, fortalezca nuestra debilidad y nos haga intrépidos y valientes testigos del Evangelio! ¡Permitamos al Espíritu Santo que nos guíe, siendo dóciles a sus inspiraciones, como María, la humilde joven de Nazaret! De este modo podremos reflejar el rostro humano de Cristo en el mundo, mostrando a éste una razón para vivir.

En estos tiempos, recios para la fe, en que nos encontramos, hemos de actuar como la Virgen y como los santos de todas las épocas, buscando siempre la voluntad de Dios, con sencillez y humildad.

¡Que la Virgen María, N^a S^a de los Ángeles nos acompañe siempre en nuestro caminar y nos haga dignos hijos suyos! Amén.

FIESTA DE JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE

Meco, 19 Mayo 2005

Lecturas: *Is* 52,13-53,12; *Hb* 10,13-23; *Lc* 22,14-20.

La Eucaristía, fuente de la unidad de vida y de la espiritualidad sacerdotal

1. Celebramos hoy la Fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, que nos congrega, año tras año, para agradecer a Dios el ministerio sacerdotal, que nos ha confiado y para compartir fraternalmente nuestros gozos y esperanzas.

Cristo Sacerdote, en la Cena pascual y en la inmolación de su vida en la cruz, nos habla de la “Eucaristía”. Este Misterio de amor es central en nuestra vida de sacerdotes, como representantes de Jesucristo, y es fuente de vida y de espiritualidad sacerdotal. Misterio que celebramos de modo eminente en el sacramento eucarístico, donde se actualiza el memorial del único y eterno sacrificio pascual de Cristo, realizado en la liturgia de la Iglesia y en el que se obra nuestra salvación.

2. Jesucristo “está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz” (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7), y está presente en

todos los demás sacramentos que “están unidos con la Eucaristía y hacia ella se ordenan. Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona” (cf. *Presbiterorum Ordinis*, 5).

Representando a Cristo y uniéndonos a Él, en el sacrificio eucarístico, hallamos la unidad de vida en nuestro ministerio. Para nosotros, estimados sacerdotes, la Eucaristía es el camino que conduce a la unidad de vida en Cristo, cuyo sacerdocio ejercemos al celebrarla. Como dice el Concilio Vaticano II: “Como ministros sagrados, sobre todo en el Sacrificio de la Misa, los presbíteros ocupan especialmente el lugar de Cristo, que se sacrificó a sí mismo para santificar a los hombres; y por eso son invitados a imitar lo que administran” (cf. *Presbiterorum Ordinis*, 13).

El sacerdote no es un simple actor externo al sacrificio que Cristo realiza en el altar, sino que queda implicado personalmente en la celebración. En la Eucaristía podemos aprender el modo de ser, de pensar, de amar y de actuar de Cristo, adorando, contemplando y celebrando. Sólo así podremos unificar toda nuestra vida, nuestro ministerio y nuestra espiritualidad en Él, que es nuestra Cabeza y Pastor.

3. Ejerciendo el ministerio y celebrando la Eucaristía, como cristianos y como sacerdotes, nos asociamos a la oblación de Cristo (cf. *Hb* 10,14), para llegar a ser un solo cuerpo y un solo espíritu en Él: “Participar de la Eucaristía, obedecer el Evangelio que escuchamos, comer el Cuerpo y beber la Sangre del Señor quiere decir hacer de nuestra vida un sacrificio agradable a Dios: *por Cristo, con Cristo y en Cristo*. Así como la acción ritual de la Eucaristía está fundada en el sacrificio ofrecido por Cristo una vez por todas en los días de su existencia terrena (cf. *Hb* 5,7-9) y lo representa sacramentalmente, así también nuestra participación en la celebración debe llevar consigo el ofrecimiento de nuestra existencia” (Congregación para el Culto divino, *Año de la Eucaristía. Sugerencias y propuestas*, 15.X.2004, 24).

En la Eucaristía la Iglesia ofrece el sacrificio de Cristo ofreciéndose con Él: “Al entregar su sacrificio a la Iglesia, Cristo ha querido además hacer suyo el sacrificio espiritual de la Iglesia, llamada a ofrecerse también a sí misma unida al sacrificio de Cristo” (*Ecclesia de Eucharistia*, 13). Los fieles “al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella” (*Lumen gentium*, 11).

El Señor nos invita, estimados sacerdotes, a ofrecernos con Él como oblación agradable a Dios; a entregar nuestra vida por Dios y por los hermanos; a vivir unidos a Cristo sacerdote; a buscar la unidad de toda nuestra en la fuente eucarística.

4. De esta misma fuente nace la espiritualidad sacerdotal: “Espiritualidad del sacrificio, del don de sí, de la gratuidad, de la oblación exigida por la vida cristiana” (Congregación para el Culto divino, *Año de la Eucaristía. Sugerencias y Propuestas*, 15.X.2004, 24).

Si estamos llamados a ser una sola cosa con Cristo, unificados en Él, que pasó haciendo el bien y cumplió fielmente la voluntad del Padre, la espiritualidad eucarística debe impregnar todas las *dimensiones* de la vida del sacerdote: las relaciones humanas, la vida social, la formación intelectual y doctrinal, el tiempo libre. Asimismo deben llevar el sello de este estilo de vida sacerdotal todas las *actividades* del sacerdote: atención pastoral, entrega en el ministerio, acogida de los más necesitados; e, igualmente, deben estar marcados por esta espiritualidad todos los *proyectos* del sacerdote: planes personales y pastorales, testimonio de una vida coherente y fiel a Dios, ilusión por servir el Evangelio, deseo de cambiar la sociedad a la luz de la fe.

5. Juan Pablo II nos recordaba sobre la espiritualidad sacerdotal: “El sacerdote, que recibe la vocación al ministerio, es capaz de hacer de éste una elección de amor, para el cual la Iglesia y las almas constituyen su principal interés y, con esta espiritualidad concreta, se hace capaz de amar a la Iglesia universal y a aquella porción de Iglesia que le ha sido confiada, con toda la entrega de un esposo hacia su esposa” (Juan Pablo II, *Pastores dabó vobis*, 23).

De las palabras que el sacerdote pronuncia en la consagración “surgen indicaciones iluminadoras para la espiritualidad sacerdotal: puesto que toda la Iglesia vive de la Eucaristía, la existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, «forma eucarística». Por tanto, las palabras de la institución de la Eucaristía no deben ser para nosotros únicamente una fórmula consagratoria, sino también una «fórmula de vida»” (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo*, 13.III.2005, 1).

Estamos llamados, queridos hermanos, a fomentar y cuidar en nuestra vida de sacerdotes una espiritualidad, que mana de la Eucaristía y que nos permite unificar nuestra vida en Cristo. Para aprender y vivir esta espiritualidad es necesaria la

ayuda entre hermanos sacerdotes. No es suficiente la paternal invitación del obispo, ni el diálogo, respetuoso y cálido, con el pastor.

6. La unidad de vida del presbítero nace también del manantial eucarístico. El Concilio Vaticano II lo expresa claramente: “Los presbíteros conseguirán la unidad de su vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de sí mismos por el rebaño que se les ha confiado. De esta forma, desempeñando el papel del Buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral encontrarán el vínculo de la perfección sacerdotal que reduce a unidad su vida y su actividad. Esta caridad pastoral fluye sobre todo del Sacrificio Eucarístico, que se manifiesta por ello como centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que lo que se efectúa en el altar lo procure reproducir en sí el alma del sacerdote. Esto no puede conseguirse si los mismos sacerdotes no penetran cada vez más íntimamente, por la oración, en el misterio de Cristo” (cf. *Presbiterorum Ordinis*, 14).

A menudo los sacerdotes nos encontramos ante el reto de afrontar tareas pastorales que desbordan nuestras capacidades, nuestras fuerzas y el tiempo del que disponemos para realizarlas. En medio del cansancio y del trabajo pastoral de cada día, e incluso en medio de tantas tentaciones, que se presentan para apartarnos del Señor, no podemos encontrar nuestra unidad de vida en simples prácticas de piedad o en reuniones fraternas.

7. Sólo en la Eucaristía, centro y raíz de la vida del presbítero, podemos encontrar el eje de nuestra vida, la fuente de nuestra actividad, la sede de nuestra paz interior y el descanso de nuestras fatigas. San Juan de Ávila decía que la Eucaristía es el horno donde se inflama el corazón de fuego ardiente y da sentido totalizador al sacerdocio.

Desde esta perspectiva se hace necesaria la oración bien hecha, a su tiempo y con generosidad, e iluminada por la Sagrada Escritura, pues sólo a través de ella podremos ir penetrando cada vez más en la comprensión del misterio eucarístico.

De este modo podremos asemejarnos cada vez más a Cristo, en la entrega de su Cuerpo y Sangre, de modo que podamos repetir con Él, de verdad y de un modo existencial, que impregne todas las fibras de nuestro ser, sus palabras en la Última Cena: “Tomad, comed, esto es mi Cuerpo... Ésta es mi sangre” (cf. *Lc* 22, 17-19), procurando reproducir en nuestra vida y en nuestra alma lo que realizamos cada día en el altar.

Las palabras de Jesús, pronunciadas en la Cena pascual: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22,15), que hemos escuchado en el Evangelio, deberían estar siempre en nuestro corazón, expresando así el deseo de nuestra entrega y nuestra identificación con Él.

8. Dentro de esta configuración existencial con el Señor, hemos de percibir la necesidad de preparar y celebrar la Eucaristía debidamente: “¡Gran misterio la Eucaristía! Misterio que ante todo debe ser celebrado bien” (cf. Juan Pablo II, *Mane nobiscum Domine*, 17). A este propósito se os va a regalar hoy el documento “Ordenación general del Misal Romano”, en su tercera edición, promulgada por el Papa Juan Pablo II en 2002.

Es preciso que cuidemos la celebración de la Eucaristía como centro de la vida de nuestras comunidades, haciendo lo posible por celebrarla decorosamente, según lo hemos aprendido de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia, siguiendo la normativa litúrgica y profundizando en ella para comprenderla mejor, prescindiendo de invenciones propias y evitando deformaciones. La Eucaristía es celebrada por la Iglesia; nosotros somos servidores de la misma.

Las posibles incorrecciones litúrgicas se van limando y purificando en nosotros a medida que, a través de la oración y del trato íntimo de amor con el Señor, vamos comprendiendo cada vez más el significado de la Eucaristía y los tesoros inagotables de gracia y fecundidad espiritual que nos ofrece. El que más conoce y ama, mejor celebra; y ama más el que se sabe amado; y se sabe amado el que ora con perseverancia y trata de amor con el Señor, contemplando su rostro y los misterios de su vida en la oración.

9. ¡Celebremos bien la Eucaristía! ¡Que los fieles de nuestras parroquias puedan comprenderla y disfrutarla! Ellos tienen derecho a que sea preparada diligentemente en todas sus partes, para alimento y cuidado de su fe; ellos necesitan escuchar oportunamente la Palabra de Dios y comprender los signos sacramentales.

El Papa Juan Pablo II nos exhortó a todos a celebrar el sacrificio eucarístico con el esmero que se merece, dando a Jesús-Eucaristía un culto de adoración digno de un Misterio tan grande, incluso fuera de la Misa y presentando el modelo de María como «mujer eucarística» (cf. *Mane nobiscum Domine*, 10). Hace falta fomentar “la conciencia viva de la presencia real de Cristo”, testimoniándola con la

palabra y con gestos, dando relieve a los momentos de silencio y tratando la Eucaristía, por parte de los ministros y de los fieles, con el máximo respeto.

10. Pidamos al Señor, que se ofreció a sí mismo como sacrificio perfecto al Padre, que nos ayude a ofrecernos con Él en la celebración eucarística y en cada momento de nuestra vida. Pidámosle que la Eucaristía sea para nosotros la fuente de la unidad de nuestra vida sacerdotal, haciendo nacer de ella todas las actividades, personales y pastorales, y retornando a ella con los frutos de nuestro ministerio.

Pidamos también al Señor que la Eucaristía sea la fuente de nuestra espiritualidad sacerdotal, que impregne toda nuestra vida.

A la Virgen María, “Madre de los sacerdotes” y “Mujer eucarística”, le pedimos que interceda por nosotros, para que seamos fieles, como Ella, a la voluntad de Dios y vivamos unidos a Cristo Sacerdote, como Ella vivió. Amén.

ORDENACIÓN DE PRESBITEROS

Catedral, 21 mayo 2005

Lecturas: *Eclo* 17,1-13; 2 Co 4,1-2.5-7; *Mc* 10,13-16.

1. En el Evangelio de hoy contemplamos la hermosa escena en la que la gente acercaba niños a Jesús, para que los tocara y bendijera. Este gesto de contacto humano expresa, sacramentalmente, el misterio salvador: Jesús es el Hijo Dios hecho hombre, que se ha encarnado para acercarse a la humanidad y asumirla, haciéndose uno de los nuestros (cf. *Gaudium et spes*, 22). La humanidad tiene acceso a Dios a través de Jesucristo; el mal moral y las flaquezas humanas tienen remedio en Cristo; por eso los pecadores y los enfermos encuentran salvación en Él.

En el caso de los niños, hay una correspondencia entre la inocencia y simplicidad del infante y la predilección de Dios por los pequeños, los humildes y sencillos (cf. *Mt* 11,25), porque ellos están en mejor disposición de responder a la iniciativa de Dios. La Virgen María, la humilde esclava del Señor, es un ejemplo de ello.

2. El Señor nos pide una actitud de sencillez y humildad ante su presencia amorosa. Y nos exige, en nuestro ministerio sacerdotal, la bondadosa acogida de los niños, de los sencillos, de los humildes. Estimados candidatos al sacerdocio,

tened presente la preferencia por los pobres de espíritu en vuestro ministerio; acoged con cariño a los niños, a los sencillos, a los pobres de corazón, a los necesitados, a los que sufren, a los pecadores.

Ante la oposición de los discípulos de dejar acercarse a los niños a Jesús, su respuesta, con cierto enfado, fue: «Dejad que los niños vengan a mí: no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios» (*Lc 10,14*). Los niños se asemejan a los pobres: su necesidad y su no suficiencia les lleva a confiar en los otros y les hace más aptos para recibir el don de Dios.

A los adultos el Señor les dice: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (*Mt 18,3*). La infancia espiritual no pertenece sólo a los niños, sino a cualquier ser humano, que pone su confianza en el Señor (cf. *Sal 40,5*). Santa Teresita del Niño Jesús vivió en profundidad esta confianza en Dios y nos anima a vivirla también a nosotros.

El Señor, tomando en brazos a los niños, los bendecía imponiéndoles las manos (cf. *Lc 10,16*). Vuestro ministerio sacerdotal, queridos diáconos, empieza hoy con la ordenación. Tomad el ejemplo de Jesús y atended a los niños, acogiendo y bendiciéndolos.

Este año iniciaremos el Jubileo de los Santos Niños Justo y Pastor. Bajo su protección e intercesión, desempeñad vuestro ministerio, con un cuidado especial a los niños.

3. El texto del libro del Eclesiástico, que hemos escuchado, hace una reflexión creyente sobre la vida del hombre, presentando una bella síntesis de la historia de salvación: El Señor creó al ser humano de la tierra, le concedió un tiempo para vivir, lo hizo a su propia imagen, lo dotó de inteligencia, le concedió gloriarse de las maravillas de la creación, le dio en herencia una ley de vida, estableció con él una alianza eterna y le permitió escuchar su voz gloriosa (cf. *Eclo 17, 1-13*).

Antes de vuestra ordenación he tenido ocasión de hablar con cada uno de vosotros, sobre la llamada que el Señor os ha dirigido. La historia de la propia vocación tiene en cada persona aspectos y matices diferentes, pero coincide fundamentalmente en la historia del amor de Dios, que crea al hombre a su imagen, le concede sus dones, realiza una alianza en Jesucristo y le hace partícipe de su vida divina.

En la historia de salvación, que Dios realiza con vosotros, habéis sido elegidos para ser partícipes del sacerdocio de Jesucristo, el único Sacerdote, que se ofreció a sí mismo en rescate por todos (cf. *1 Tm* 2,6). ¡Responded con amor, generosidad y alegría a esta llamada del Señor! Él desea hacer obras grandes en vosotros y, a través de vuestro fiel ministerio sacerdotal, en otras personas.

A los jóvenes os invito a contemplar vuestra historia personal de salvación. No os pido que os ofrecáis a Dios para ser sacerdotes o religiosos, de manera voluntarista, sino que estéis atentos a la acción de Dios en vuestra vida. La vocación a la vida consagrada es una respuesta, por parte del hombre, a la llamada del Señor, manifestada de múltiples formas.

4. Las palabras que el sacerdote pronuncia en la Misa, después de la consagración, «Haced esto en memoria mía» (*1 Co* 11, 24), son las que dijo el Señor Jesús en la cena pascual, y que hacían revivir en los hebreos el «memorial» del Éxodo y los acontecimientos importantes de su historia salvífica.

Para los cristianos la Eucaristía es el «memorial», que actualiza sacramentalmente la muerte y resurrección del Señor. Para el sacerdote, repetir estas palabras del «memorial», representando a Cristo, es una invitación a desarrollar una «espiritualidad de la memoria»: el *recuerdo fiel* de Cristo y todo su misterio (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo*, 13.III.2005, 5). El sacerdote hace presente a Cristo y su obra de salvación.

Junto al memorial del Señor os invito a hacer “memoria” también de vuestra propia historia personal de salvación, agradeciéndole a Dios su elección, su amor y su acción divina en vuestras vidas. Como ha dicho Juan Pablo II a los sacerdotes: “Sólo viviendo como salvados podemos ser anunciadores creíbles de la salvación. Por otro lado, tomar conciencia cada vez de la voluntad de Cristo de ofrecer a todos la salvación obliga a reavivar en nuestro ánimo el *ardor misionero*, estimulando a cada uno de nosotros a hacerse «todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos» (*1 Co* 9, 22)” (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo*, 13.III.2005, 4).

5. La celebración eucarística, memorial del misterio pascual de Cristo, aviva en nosotros el deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. Los sacerdotes debemos vivir orientados hacia Cristo *en espera de su venida*, compro-

metidos en la misión de orientar el camino de los demás fieles y alimentar su esperanza, haciendo nuestro el lema de San Pablo «*para mí la vida es Cristo*» (*Flp* 1, 21) (cf. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo*, 13.III.2005, 7).

Esta orientación de nuestras vidas hacia Cristo será, al mismo tiempo, estímulo para los otros fieles. Como buenos pastores del rebaño, que nos ha sido confiado, debemos llevarlo hacia verdes praderas y frescas aguas; debemos ayudarle a salir de las ciénagas, que ensucian y afean al ser humano; debemos ofrecerle la verdadera esperanza cristiana; debemos devolverle la alegría de sentirse hijos de Dios.

Los fieles no sólo tienen necesidad de ello, sino que tienen derecho a recibirlo, porque es una dádiva del Señor, de la que nosotros somos simples administradores. Los niños y los humildes de corazón, los jóvenes, los adultos, los mayores, los enfermos, cada uno necesita, en la propia etapa y circunstancias de su vida, el alimento de la fe, el pan de la eucaristía y la esperanza de vida eterna. ¡Ofrecedles todo eso!

6. Hace unos días celebrábamos la Fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Congregados en torno a la Eucaristía, los presbíteros de nuestra Diócesis, dábamos gracias a Dios por el sacerdocio y ofrecíamos nuestras vidas y nuestro ministerio al Señor.

En la Eucaristía, recordábamos, la Iglesia ofrece el sacrificio de Cristo ofreciéndose con Él (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 13). El Señor nos invita, estimados candidatos al sacerdocio, a ofrecernos con Él como oblación agradable a Dios y a vivir unidos a Cristo sacerdote.

Vais a ser ordenados en el Año dedicado a la Eucaristía. Ésta debe ser, para vosotros, fuente de amor pastoral y manantial de espiritualidad sacerdotal. De ella sacaréis fuerzas, para entregaros a la Iglesia y a las almas. Toda vuestra existencia sacerdotal ha de tener “forma eucarística” (cf. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo*, 13.III.2005, 1).

7. El Papa Juan Pablo II nos invitaba a contemplar el rostro de Cristo con María, la gran discípula y maestra, modelo insuperable de contemplación (cf. *Rosarium Virginis Mariae*, 10).

La Santísima Virgen, nos recordaba él mismo en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (cf. 53), tiene una relación muy estrecha con la Eucaristía y es considerada como «Mujer eucarística». Ella puede hacernos gustar la grandeza del misterio eucarístico; ella nos puede enseñar con qué fervor se han de celebrar los santos Misterios; ella nos puede instruir cómo adorar a su Hijo, escondido bajo las especies eucarísticas (cf. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo*, 13.III.2005, 8). De ella podemos aprender a vivir una existencia “eucarística”.

Queridos ordenandos, ¡seguid el ejemplo de María! ¡Celebrad con ella los misterios del Señor y tenedla como modelo de cómo tratar a Cristo-Eucaristía!

8. San Pablo, en la lectura de hoy, nos ha recordado, sintéticamente, tres grandes verdades, que conviene que meditemos a menudo. En primer lugar, el ministerio que se nos confía nos viene encomendado «por misericordia de Dios» (2 Co 4,1). Somos receptores de un gran don, que hemos de saber agradecer a Dios.

En segundo lugar, en el ejercicio de esa misión, no somos nosotros el objeto de nuestra predicación, sino que «predicamos que Cristo es Señor, y nosotros siervos vuestros por Jesús» (2 Co 4,5).

Finalmente, «este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2 Co 4,7). ¡Sacad vosotros mismos las consecuencias de este texto de Pablo!

9. Este año estamos celebrando el IV Centenario de la primera publicación de “El Quijote” de Miguel de Cervantes, nuestro paisano. Además de ser ordenados en el “Año de la Eucaristía” y en el “Año Mariano”, en que se conmemora el 150 Aniversario de la declaración del Dogma de la Inmaculada Concepción, vais a ser ordenados en la Ciudad de Alcalá durante el “Año de El Quijote”.

Dejando aparte la religiosidad que el autor dejó plasmada en esta obra, os quiero pedir que seáis “un poco” como los dos personajes cervantinos: Por una parte, revestíos, como “quijotes”, de la armadura de la ilusión, donde se apaguen los dardos de la decepción y de la contrariedad, para no sucumbir ante el cansancio y las dificultades con el paso de los años; que el deseo de hacer el bien a los demás os mantenga dinámicos. Por otra parte, tened la sen-

satez y el realismo “sanchopanzesco”, para vivir con los pies en el suelo, intentando conocer bien la realidad y las actitudes de vuestros coetáneos. De este doble modo, podréis hacer un gran servicio a los hombres, con vuestro ministerio sacerdotal.

¡Que la Virgen María os acompañe en la misión que la Iglesia os confía hoy!
Amén.

“CORPUS CHRISTI”

Catedral, 29 Mayo 2005

La Eucaristía y el domingo

Lecturas: *Dt* 8,2-3.14-16; *1 Co* 10, 16-17; *Jn* 6,51-58.

1. En el marco del Año dedicado a la Eucaristía, celebramos hoy la solemnidad de “Corpus Christi”, en la que veneramos en la Eucaristía la presencia del Señor resucitado. Jesús prometió a su Iglesia su presencia permanente: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28,20). Esta promesa de Cristo se hace realidad permanente en la Iglesia, como fuente de vida y de esperanza.

Nos alegramos y gozamos de su presencia sacramental entre nosotros. Bajo las especies eucarísticas, Jesús se hace presente de modo nuevo y singular, para confortarnos y mantener viva nuestra esperanza, al igual que animó a los discípulos después de su resurrección.

Sería de gran provecho espiritual dedicar una Capilla en el centro de la Ciudad, para la adoración permanente de la presencia eucarística del Señor.

Deseo comentar con vosotros la relación existente entre la Eucaristía y el domingo.

2. Según el testimonio de los Evangelios, la resurrección de Jesucristo de entre los muertos tuvo lugar el primer día de la semana, es decir, el primer día después del sábado (cf. *Mc* 16,9; *Lc* 24,1; *Jn* 20,1). Jesús, siempre en este primer día de la semana, despierta en la memoria de los discípulos el recuerdo del gran don de la Eucaristía, hecho en el Cenáculo en la vigilia de su Pasión. Este don llena el primer día después del sábado y es un encuentro con la presencia de Cristo crucificado y resucitado, que entra en el tiempo y anima a caminar más allá del tiempo, orientando el paso de los discípulos hacia la fiesta del último y definitivo domingo.

El día del Señor, como ha sido llamado el domingo desde los tiempos apostólicos (cf. *Ap* 1,10; *Didaché* 14,1) ha gozado siempre de una consideración privilegiada por parte de la Iglesia, dada su importancia y centralidad para la vida de la misma.

Fue en domingo cuando el Resucitado se manifestó a los dos discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24,13-35) y se apareció a los once Apóstoles reunidos (cf. *Lc* 24,36; *Jn* 20,19). Fue en domingo, ocho días después, cuando Jesús se les apareció de nuevo y se hizo reconocer por Tomás, mostrándole las manos traspasadas y el costado abierto, como testimonia Juan (cf. 20,26).

“Era domingo el día de Pentecostés, primer día de la octava semana después de la pascua judía (cf. *Hch* 2,1), cuando con la efusión del Espíritu Santo se cumplió la promesa hecha por Jesús a los Apóstoles después de la resurrección (cf. *Lc* 24,49; *Hch* 1,4-5). Fue el día del primer anuncio y de los primeros bautismos: Pedro proclamó a la multitud reunida que Cristo había resucitado y «los que acogieron su palabra fueron bautizados» (*Hch* 2,41). Fue la epifanía de la Iglesia, manifestada como pueblo en el que se congregan en unidad, más allá de toda diversidad, los hijos de Dios dispersos” (Juan Pablo II, *Dies Domini*, 20, Vaticano, 31.V.1998).

3. La Iglesia celebra en el domingo el día de la resurrección de Cristo, la *Pascua de la semana*, la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, la realización en él de la primera creación y el inicio de la “nueva creación” (cf. *2 Co* 5,17).

“En la Misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos (cf. *Jn* 20,19). En aquel pequeño

núcleo de discípulos, primicia de la Iglesia, estaba en cierto modo presente el Pueblo de Dios de todos los tiempos” (Juan Pablo II, *Dies Domini*, 33, Vaticano, 31.V.1998).

El domingo es el día de la resurrección, en el que se celebra la presencia viva del Resucitado en medio de los suyos; “es el día de la evocación adoradora y agradecida del primer día del mundo y a la vez la prefiguración, en la esperanza activa, del “último día”, cuando Cristo vendrá en su gloria (cf. *Hch* 1,11; *1 Ts* 4,13-17) y “hará un mundo nuevo” (cf. *Ap* 21,5)” (Juan Pablo II, *Dies Domini*, 1, Vaticano, 31.V.1998).

4. En la asamblea de los discípulos de Cristo se perpetúa en el tiempo la imagen de la primera comunidad cristiana, descrita como modelo por Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*, cuando relata que los primeros bautizados «acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (2,42).

Como nos recuerda el Concilio Vaticano II: “La Iglesia, por una tradición apostólica, que tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que se llama con razón ‘día del Señor’ o ‘domingo’. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios” (*Sacrosanctum Concilium*, 106).

La presencia del Resucitado debe ser vivida, celebrada y anunciada por quienes han recibido el don de la fe en las aguas bautismales y son miembros del Cuerpo místico de Cristo.

“Por eso es importante que se reúnan, para expresar así plenamente la identidad misma de la Iglesia, la *ekklesía*, asamblea convocada por el Señor resucitado, el cual ofreció su vida «para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (*Jn* 11,52). Todos ellos se han hecho ‘uno’ en Cristo (cf. *Ga* 3,28) mediante el don del Espíritu. Esta unidad se manifiesta externamente cuando los cristianos se reúnen: toman entonces plena conciencia y testimonian al mundo que son el pueblo de los redimidos formado por «hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación» (*Ap* 5,9) (Juan Pablo II, *Dies Domini*, 31, Vaticano, 31.V.1998).

5. El Señor Jesús nos invita, estimados fieles, a comer su cuerpo y a beber su sangre, para participar de su vida, como hemos escuchado en el Evangelio: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (*Jn* 6,54). La Eucaristía alimenta a los hijos de Dios y nutre a la Iglesia. La Iglesia tiene en la *Eucaristía* no sólo una fuerza especial, sino su misma fuente (Cf. Juan Pablo II, *Dominicae Cena*, 4, 24.II.1980).

El libro del Deuteronomio hace memoria de las acciones que el Señor Dios hizo en favor de su pueblo y del camino que éste tuvo que recorrer hasta llegar a la tierra prometida: «Recuerda todo el camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto» (*Dt* 8,2).

En medio de las penalidades y pruebas, el Señor socorrió a su pueblo con el maná del cielo: «Te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres» (*Dt* 8,16) y le dio a beber agua de la roca: «Te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con serpientes abrasadoras y alacranes, un sequedal sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca de pedernal» (*Dt* 8,15).

El Señor nos invita a participar de su Mesa; Él quiere alimentarnos con su cuerpo como alimento para el camino y darnos a beber el agua de la vida eterna (cf. *Jn* 4,14).

¡Acerquémonos a la Mesa del Señor, con devoción y piedad sincera! Participemos de su Cuerpo y de su Sangre, para que Él habite en nuestro corazón: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (*Jn* 6,56).

6. La Iglesia se reúne, de manera especial en el Día del Señor, para celebrar el memorial de su Muerte y Resurrección. La Eucaristía dominical, con la presencia comunitaria y la especial solemnidad que la caracterizan, subraya la propia dimensión eclesial, quedando como paradigma para las otras celebraciones eucarísticas.

La Eucaristía modela a la Iglesia. Como hemos escuchado en la carta de San Pablo: «Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (*1 Co* 10, 17). Por esta relación vital con el sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor, el misterio de la Iglesia es anunciado, gustado y vivido de manera insuperable en la Eucaristía.

Como recuerda el Concilio Vaticano II: “La principal manifestación de la Iglesia tiene lugar en la participación plena y activa de todo el Pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, especialmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto a un único altar, que el obispo preside rodeado de su presbiterio y sus ministros” (*Sacrosanctum Concilium*, 41).

La vinculación con toda la comunidad eclesial y con el propio obispo es propia de cada liturgia eucarística, aunque no esté presidida por él. Toda eucaristía es celebrada en comunión con el Papa y con el propio obispo, manifestando así su dimensión eclesial, como lo expresa la mención de ambos en la plegaria eucarística.

7. En la actual mentalidad de nuestra sociedad, queridos alcalaínos, el domingo representa tan sólo “el-fin-de-semana” y no “el-primer-día” de la semana; viene a ser como un epílogo, la última jornada. Muchas personas trabajan en el fin de semana, resultándoles difícil distinguir el domingo de una jornada laboral. Cuando se busca la eficacia y la ganancia, el alma queda vacía (cf. E. Lohse y J. Höffner, *Celebrar el domingo*, Hannover/Bonn, 2.XII.1984).

El Papa Juan Pablo II, nos recuerda: “Por desgracia, cuando el domingo pierde el significado originario y se reduce a un puro ‘fin de semana’, puede suceder que el hombre quede encerrado en un horizonte tan restringido que no le permite ya ver el ‘cielo’. Entonces, aunque vestido de fiesta, interiormente es incapaz de ‘hacer fiesta’” (Juan Pablo II, *Dies Domini*, 4, Vaticano, 31.V.1998).

Muchos jóvenes devoran el “fin de semana”, pero sin vivirlo con paz y alegría, quedando más vacíos interiormente al final de su experiencia.

8. El domingo es la fiesta primordial cristiana, la pascua semanal, fundamento y núcleo del año litúrgico. El día del Señor resucitado reúne en asamblea a los creyentes para hacerlos siempre más Iglesia: es día de alabanza a Dios, día de alegría, de reposo del trabajo, de fraternidad. Celebrar el día del Señor, participando en la Eucaristía, es la mejor acción de gracias a Dios. Celebrando el domingo se experimenta la presencia de Jesucristo y la fuerza de la fe.

“En el transcurrir inexorable del tiempo, el domingo viene a abrir un pasaje al sobrenatural y al eterno, y propone al hombre un espacio contemplativo, que le ayuda a gustar en profundidad la misma existencia terrena. Es, además, ocasión y estímulo para establecer y profundizar contactos y relaciones sociales en la gratui-

dad, en la amistad, en la atención hacia el que está solo y sufre. Cuando se encuentra tiempo para Dios, se encuentra tiempo también para el hombre” (Juan Pablo II, “Ángelus” *El domingo: día del encuentro con el Padre y de la intimidad entre Cristo y la Iglesia su esposa*, 2, Vaticano, 28.III.1993).

9. Os animo a todos, miembros de asociaciones, cofradías y hermandades, autoridades locales, familias y niños de primera comunión, comunidades cristianas, sacerdotes y fieles todos, a celebrar con gozo y empeño la liturgia eucarística, y a mantener viva la memoria de las grandes obras del Señor. La vida se vacía, cuando desaparece la dimensión festiva. Los cristianos tenemos una gran responsabilidad de cara a nuestros contemporáneos, puesto que el mundo tiene necesidad de la fiesta de los cristianos, tiene necesidad del domingo.

En el día de hoy, el Papa Benedicto XVI ha clausurado el XXIV Congreso Eucarístico Nacional Italiano, en Bari, cuyo lema ha sido: “Sin domingo, no podemos vivir”. Ha sido la primera salida de su pontificado, fuera de Roma. ¡Que su ejemplo nos ayude a cultivar la devoción eucarística y a no saber vivir sin la celebración dominical!

¡Que el Señor nos conceda celebrar y venerar con fruto los misterios de su amor, expresados en la Eucaristía! ¡Y que la Virgen María, mujer eucarística, interceda por nosotros, para que podamos vivir en profundidad este gran misterio de Amor! Amén.

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

ENCUENTRO ANUAL DE CATEQUISTAS

El pasado día 9 de abril, como se había anunciado en la circular enviada a todas las parroquias, tuvo lugar el *Encuentro Anual de Catequistas*, según el horario previsto.

Este año se aprovechó para presentar el reciente documento de la Conferencia Episcopal Española *Orientaciones pastorales para la iniciación cristiana de niños no bautizados en su infancia*, que corrió a cargo de D. Pedro A. Ruano, colaborador del Secretariado de Catequesis.

La presentación de dicho documento, así como la acogida a la nutrida presencia de catequistas, fue presidida por el Sr. Vicario General. Lo hacía en nombre de nuestro Pastor, el Obispo de Alcalá de Henares, D. Jesús Catalá Ibáñez, que no pudo incorporarse al inicio de nuestro encuentro. Recordemos que, el día anterior, 8 de abril, había tenido lugar en Roma el solmene funeral por S.S. Juan Pablo II, del cual acababa de regresar. Pudimos, no obstante, tener entre nosotros a D. Jesús durante la puesta en común del trabajo realizado en los diversos grupos. Sus palabras, clausurando el encuentro, nos alentaron a proseguir en el difícil y, al mismo tiempo, apasionante camino de la misión catequética, vista la realidad eclesial que nos rodea. Hasta cinco criterios nos ofreció al respecto:

- 1º Promover la catequesis de estilo catecumenal.
- 2º Implicar más, en el proceso catecumenal, a la comunidad cristiana.
- 3º Aceptar la diversidad de catequizados.
- 4º Tener “muchacha paciencia” ante situaciones y actitudes diferentes.
- 5º Ir elaborando y proponiendo celebraciones de carácter religioso, pero *no-sacramentales*, teniendo en cuenta ese 70% de fieles que, en España solicitan un rito, sin compromiso alguno de fe.

Consideramos, en fin, que el *encuentro* de este año ha sido altamente enriquecedor, no sólo por las perspectivas de lo abordado, junto con las orientaciones finales de nuestro Obispo, sino además por el mutuo acercamiento de nuestra comunidades parroquiales y entre nosotros mismos, al compartir anhelos y esperanzas comunes. También, como estaba previsto en el *orden del día*, terminamos compartiendo con alegría el “ágape fraterno”, esperando que en las próximas ocasiones la asistencia de catequistas y sacerdotes sea aún más numerosa.

CRÓNICA DE LA JORNADA DE VIDA CONSAGRADA

Como ya se va haciendo habitual, el 28 de mayo, último sábado del mes y víspera del Corpus Christi, fueron convocados por el Delegado para la Vida Consagrada, el Ilmo. Sr. D. José Ignacio Figueroa Seco, los miembros de todos los Institutos de Vida Consagrada de la Diócesis Complutense, en esta ocasión en el Monasterio de MM. Agustinas de Alcalá de Henares.

La mañana tenía como objetivo pasar una mañana de retiro, de «*estar en un sitio tranquilo en compañía del Maestro*».

La meditación fue animada por el Rvdo. Sr. D. Arturo Otero García, licenciado en Teología Espiritual, quien centró su plática en la Eucaristía como ámbito de intimidad con Jesucristo, el Esposo.

La Eucaristía, sacramento de la Nueva Alianza, recoge y lleva a plenitud los tres elementos que ya apunta la Alianza del Antiguo Testamento: «*Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo*»; «*Yo estaré siempre con vosotros*»; «*Yo os doy mi Ley*».

De este modo, todo cristiano, por el bautismo, acepta a Jesucristo como único Señor, pero el religioso, por su especial consagración, lo hace de un modo esponsal, amando a Jesucristo con un corazón indiviso.

El costado de Cristo, de donde mana la efusión del Espíritu Santo que se confiere mediante los sacramentos de la Iglesia, sigue abierto, traspasado a lo largo de toda la Historia de la Iglesia, de modo que, como al Apóstol Tomás, el Señor nos lo sigue mostrando para que crezca nuestra fe.

La Ley del Señor no es algo impuesto por un Dios tirano, porque la tiranía es fruto de la debilidad humana, sino un camino, una propuesta de salvación. Así, el cristiano no debe sólo «*cumplir*» los mandamientos de la Ley, sino, sobre todo, «*vivir según la Ley*».

En la Eucaristía, el Señor y el Esposo nos espera. Cuando exponemos el Santísimo no lo hacemos como quien expone una obra de arte en una galería. El Señor se expone, se entrega, para que nosotros nos expongamos, nos entreguemos a Él como los esposos se entregan mutuamente.

Tras un rato de descanso y de conversación con las MM. Agustinas que hacían de anfitrionas, se hizo la exposición del Santísimo. La Jornada concluyó con la Santa Misa, presidida por el Obispo Diocesano, S.E.R. Jesús Catalá Ibáñez, quien invitó a los religiosos y religiosas a ahondar en la conciencia de pertenencia a la Iglesia Diocesana, donde se manifiesta la realidad de la Iglesia Universal.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Rvdo. Sr. D. FRANCISCO JAVIER IGLESIAS CASANOVA, Capellán de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna (Cristo de las Peñas), en Alcalá de Henares (19/05/2005).

DEFUNCIONES

- El día 19 de mayo de 2005, en el Monasterio de Carmelitas Descalzas de la Purísima Concepción, en Alcalá de Henares, falleció MADRE ROSALÍA DE SAN JUAN DE LA CRUZ. Nació en Getafe, el día 14/04/1900. Ingresó en la Comunidad en 1921. Desempeñó en la comunidad cargos de: Sacristana, Maestra de Novicias, Priora, Subpriora.

- El día 23 de mayo de 2005, falleció MANUELA SÁNCHEZ PÉREZ, misionera de Fraternidad Eclesial «Verbum Dei», en Loeches. Nacida en Salamanca, de 54 años de edad, 30 años de misionera, hizo Profesión Solemne el día 15 de septiembre de 1982. Trabajó en Guinea y en Badajoz.

- El día 26 de mayo de 2005, en el Monasterio de Clarisas de Nuestra Señora de la Esperanza, en Alcalá de Henares falleció SOR ANTONIA. Nació en Burgos, el día 20/01/1914. Ingresó en la Comunidad en 1933. Desempeñó en la comunidad cargos de: Discreta, enfermera, tornera.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

OTRAS CELEBRACIONES DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

Día 8. Confirmaciones en la parroquia de San Pedro, grupo de alumnas del Colegio Filipense (Catedral). Vicario episcopal: Ilmo. Javier Ortega.

Día 13. Confirmaciones en el Colegio de San Gabriel (Alcalá). Vicario general: Mons. Florentino Rueda.

Día 14. Confirmaciones en la parroquia de Santo Ángel (Alcalá). Vicario general: Mons. Florentino Rueda.

Confirmaciones en la parroquia de Virgen del Val (Alcalá). A las 19,30h. Vicario episcopal: Ilmo. Javier Ortega.

Día 15. Confirmaciones en la parroquia de San Pedro Apóstol (Camarma). Vicario general: Mons. Florentino Rueda.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO MAYO 2005

Días 2-4. Participa en la Jornadas de Vicarios, promovidas por la Comisión episcopal de Pastoral (“El Escorial” - Madrid).

Día 5. Reunión de Consejo episcopal y reunión con sacerdotes del arciprestazgo de Arganda.

Día 6. Audiencias.

Día 7. Administra la Confirmación en la parroquia de Santa Catalina Mártir (Vilamarxant-Valencia).

Día 8. Concelebra en la misa de la Fiesta de la Virgen de los Desamparados y participa en la procesión.

Día 10. Por la mañana, reunión de arciprestes.

Por la tarde, audiencias.

Día 11. *IX Aniversario de la Ordenación episcopal de Mons. Catalá.*
Audiencias.

Día 12. Por la mañana, reunión con Vicarios episcopales.

Por la tarde, audiencias.

Día 14. Por la mañana, participa en la Ordenación episcopal y toma de posesión del Obispo de Ibiza, Mons. Vicente Juan Segura (Catedral - Ibiza).

Por la noche, preside la Vigilia de oración de Pentecostés (Catedral).

Día 15. Preside la eucaristía con motivo de la Fiesta de N^{ra} S^a de los Ángeles (Escolapios- Getafe) y visita el Monasterio de Carmelitas (La Aldehuela).

Día 16. Reunión con la Comisión Jubilar de los Santos Niños.

Día 17. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, asiste a la entrega de la “Medalla de Plata” de la Ciudad de Alcalá al Colegio Calasanz de Madres Escolapias (Ayuntamiento – Alcalá).

Día 19. Preside la Jornada sacerdotal diocesana, con motivo de la fiesta de *Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote* (Meco).

Día 20. Reunión de la Provincia Eclesiástica (Madrid).

Día 21. Por la mañana, preside la Eucaristía con motivo de la ordenación de presbíteros (Catedral).

Por la tarde, participa en los actos de la Peregrinación en Zaragoza.

Día 22. Participa en la Peregrinación promovida por la Conferencia episcopal al Pilar de Zaragoza, con motivo del 150 Aniversario del dogma de la Inmaculada Concepción y del I Centenario de la Coronación de la Virgen del Pilar.

Día 23. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana y visita un sacerdote enfermo en el Hospital.

Por la tarde, visita el Monasterio de Carmelitas Descalzas de la Purísima Concepción (Alcalá).

Día 24. Audiencias y despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 25. Por la mañana, visita el nuevo templo, en construcción, de la parroquia de Santiago (Torrejón).

Por la tarde, asiste al funeral de la madre del Rvdo.D. Manuel Del Campo (Briviesca-Burgos).

Día 26. Reunión del Consejo episcopal y entrevista con el Sr. Alcalde de Alcalá, Bartolomé González.

Día 27. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, asiste a la Inauguración de la Exposición de arte religioso “EKUMENE” (Recinto Ferial -Madrid).

Día 28. Por la mañana, participa en el “Rosario de la Aurora” y celebra la eucaristía en la Ermita de la Virgen del Val (Alcalá).

A mediodía, preside la Eucaristía con motivo del retiro espiritual de los religiosos (Monasterio de Agustinas-Alcalá) y visita el Monasterio de Clarisas de N^a S^a Esperanza (Alcalá).

Por la tarde, administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de San Isidro (Alcalá).

Día 29. Preside la celebración eucarística y la procesión del “Corpus Christi” (Catedral).

Día 30. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 31. Audiencias.



SR. OBISPO

**HOMILÍA EN EL X ANIVERSARIO
DEL SEMINARIO DIOCESANO**

Basílica del Sagrado Corazón de Jesús.

24 de abril de 2005

«Acercándoos al Señor, la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios, también vosotros como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo» (1 Ptr. 2,4 ss.)

Querido Sr. Vicario General, Sr. Rector y formadores del Seminario, queridos seminaristas, queridos sacerdotes, queridos amigos y hermanos, que en este quinto domingo de Pascua, estáis participando con gozo en esta solemne Eucaristía para conmemorar, con un corazón agradecido, el décimo aniversario de la fundación de nuestro Seminario. Es un día de gozo para nuestra Diócesis, y lo es también para toda la Iglesia por la entronización, como su Pastor Supremo, de Su Santidad Benedicto XVI, celebrada esta mañana en la Basílica de S. Pedro. Pediremos con filial afecto por él en esta Misa para que el Señor le llene de su Espíritu de sabiduría y con fortaleza apostólica nos confirme a todos en la fe.

Las palabras de la primera carta del apóstol San Pedro, que hemos escuchado en la segunda lectura, nos animan, una vez más, a poner nuestra mirada en

Jesucristo nuestro Señor, muerto y resucitado, piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios. En Él, todo tiene consistencia y nuestra vida se llena de luz. Él ha querido contar con nosotros para que unidos a Él, como piedras vivas, entremos a formar parte en la construcción del Templo del Espíritu y, en esta porción de la Iglesia que es la Diócesis de Getafe, seamos protagonistas directos y testigos privilegiados de las maravillas que el Señor ha querido realizar en nosotros.

El Señor, en su misericordia infinita, quiso elegir para guiar, como primer Obispo de la recién creada Diócesis de Getafe, a una persona providencial.

D. Francisco José Pérez y Fernández-Golfín, al que de una manera especial tenemos presente en este momento, tuvo en su mente desde los comienzos mismos de la Diócesis, la creación del Seminario. Como maestro formador de muchos sacerdotes, tanto en su etapa de Director Espiritual del Seminario, como más tarde como Párroco, Vicario episcopal y Obispo Auxiliar de Madrid, tuvo siempre la gran preocupación de formar sacerdotes santos, entregados en cuerpo y alma a su ministerio sacerdotal, que transmitieran la alegría infinita de haber sido llamados por Dios para hacer presente entre los hombres a Jesucristo, Buen Pastor.

Al ser llamado por Dios para poner en marcha la Diócesis de Getafe, su principal deseo fue la creación del Seminario. En Cubas de la Sagra, comenzaron los primeros pasos y felizmente, con la ayuda eficaz y generosa de D. Rafael Zomoza, nació el Seminario de Getafe el año 1994, siendo bendecidos sus locales, en una ceremonia sencilla y entrañable, por el Nuncio de su Santidad, Mons. Mario Tagliaferri.

Han sido diez años muy fecundos; y aquí estáis ahora, para darle gracias a Dios gran parte de los sacerdotes que en él os habéis formado. Podemos decir que las palabras del Señor, que hemos escuchado en el Evangelio, se han cumplido en la breve historia de nuestro Seminario diocesano: *«El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago y aún mayores»* (Jn. 14,12). El Seminario es una obra de Dios, fruto de la fe y la confianza en Él. Pero una obra, que está en sus comienzos y que, animados por esa fe, hemos de seguir construyendo, entre todos, con la ayuda de Dios. En el Seminario está el futuro de la Diócesis y seguirá caminando y dando frutos si, entre todos, lo sacamos adelante, poniendo cada uno, según la misión que en la Iglesia ha recibido, la parte que le corresponda, y uniéndonos todos, siempre y en todo momento con la fuerza insustituible de la oración., en

la que participan de forma intensa y misteriosamente eficaz nuestras monjas de clausura y una gran cadena de oración por el Seminario.

A los formadores del Seminario, con los que ahora convivo y a los que estoy profundamente agradecido, les pido que, como han hecho hasta ahora, muy unidos a su Obispo, sigan fielmente las orientaciones de la Iglesia. *«El Seminario es, nos dice la Exhortación Apostólica “Pastores Dabo Vobis” sobre todo, una comunidad educativa en camino: la comunidad promovida por el Obispo para ofrecer, a quien es llamado por el Señor para el servicio apostólico, la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los doce Apóstoles (..) La identidad profunda del Seminario es ser, a su manera, una continuación en la Iglesia, de la íntima comunidad apostólica en torno a Jesús, en la escucha de su Palabra, en camino hacia la experiencia de la Pascua, a la espera del don del Espíritu para la misión» (PDV60) .*

Siguiendo estas orientaciones aparece con claridad la importancia de hacer del seminario una verdadera comunidad educativa que, en comunión con el Obispo, tenga un claro y único proyecto formativo para que los que caminan al sacerdocio conozcan y amen la inmensa riqueza de ministerios y carismas que el Señor ha derramado en esta Diócesis y se preparen para ser pastores, según que el corazón de Cristo, de todos aquellos que la Iglesia un día les va a confiar, acogiendo a todos con paternal afecto sin otra preferencia que la de los más pobres y desfavorecidos.

Tarea importantísima de todos es la pastoral vocacional. Es verdad que tenemos que darle muchas gracias a Dios porque, en estos años, no nos han faltado vocaciones y nuestro seminario figura entre los primeros de España en número de vocaciones. Pero, proporcionalmente a la cantidad de habitantes de la Diócesis, el número de vocaciones sigue siendo insuficiente y es mucho lo que nos queda por hacer. Por el misterio de la Encarnación sabemos que Dios siempre actúa por mediación nuestra. Y es muy grande la responsabilidad que tenemos para que lleguen a buen término las vocaciones que el Señor sigue suscitando.

Sabemos muy bien que nuestra primera responsabilidad es vivir santamente nuestra vocación sacerdotal. Al lado de un sacerdote santo siempre surgen vocaciones. Y la santidad va siempre unida al gozo inmenso de una vida totalmente entregada al servicio de Dios y de los hermanos. Ser sacerdote hoy es algo apasionante. Nadie como el sacerdote puede acercarse, con la luz de la fe, a los abismos más profundos del corazón humano, participando en sus alegrías y penas y siendo

para todos, cauce e instrumento privilegiado de la misericordia divina. Nadie como el sacerdote llega a alcanzar un grado de comunicación tan intenso con los hombres que le permita ser compañero, amigo y padre de mucha gente hambrienta de Dios y deseosa de escuchar palabras verdaderas que ayuden a entender el significado más hondo de la realidad en la que vivimos inmersos. Y esta pasión y este gozo de la vida sacerdotal hemos de transmitirla a nuestros jóvenes, para que, a través nuestro, el Señor, si es su voluntad, les llame al ministerio sacerdotal.

Pero esto, siendo lo más importante, no basta. Para fomentar la pastoral vocacional, junto al atractivo de nuestro testimonio personal, los jóvenes han de sentir el atractivo de una Iglesia unida; han de sentir la belleza una Iglesia que transparenta en su forma de ser y en su misión evangelizadora, esa unidad que brota de las Tres Divinas Personas y que por la gracia que nace de los sacramentos, especialmente del Bautismo y de la Eucaristía, va dando frutos abundantes de comunión. Estos frutos hemos de verlos, en lo que se refiere al cuidado y fomento de las vocaciones, en la pastoral de juventud. Es fundamental una pastoral de juventud, sin ambigüedades, con una propuesta clara y valiente del misterio de Cristo y, como ha venido haciendo Juan Pablo II en todo su pontificado, fomentando la vida interior y ofreciendo a los jóvenes la vocación a la santidad como algo que, con la gracia de Dios, llena el corazón y es posible alcanzar. El día a día de la pastoral de juventud hemos de hacerla en nuestras comunidades parroquiales y movimientos apostólicos, pero no es suficiente. Los jóvenes necesitan espacios más amplios donde vivir su fe y por ello hemos de ayudarnos mutuamente, para poder ofrecer a los jóvenes signos eclesiales y encuentros comunitarios que hagan visible la rica realidad de nuestra Iglesia diocesana; y, junto al Papa, en las jornadas mundiales, poder experimentar con gozo la catolicidad de la Iglesia. Las fronteras entre las naciones y las culturas son cada vez más flexibles y los jóvenes han nacido ya en un mundo globalizado en el que la Iglesia ha de manifestar la universalidad del evangelio y su capacidad de ser fermento de las culturas, fuente de unidad y semilla de un mundo y de una humanidad nueva en donde resplandezca la dignidad del hombre.

En la Diócesis de Getafe abundan los jóvenes y, por ello nuestra responsabilidad es aún mayor. El Señor nos está bendiciendo con muchos dones y nuestra respuesta ha de ser generosa. No escatimemos esfuerzos. Presentemos con toda su fuerza transformadora la palabra de Cristo, en el seno de una Iglesia diocesana unida y vigorosa, en la que todos los hombres de buena voluntad puedan reconocer la vitalidad de aquella primitiva comunidad cristiana de la que nos habla el libro de los Hechos de los Apóstoles donde *«los hermanos eran constantes en escuchar*

las enseñanzas de los apóstoles, en la vida en común, en la fracción del pan y en las oraciones y todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que los apóstoles hacían en Jerusalén» (Hech. 2,42-47).

Encomendemos el Seminario y la Diócesis de Getafe a la Virgen María en este año de la Inmaculada y de la Eucaristía. Que ella, mujer eucarística, sea siempre nuestra maestra e intercesora.

*«Madre de Jesucristo,
que estuviste con Él al comienzo de su vida
y de su misión,
lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo;
acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio,
protégelos en su formación
y acompaña a tus hijos
en su vida y en su ministerio sacerdotal
Oh Madre de los sacerdotes» AMÉN. (PDV82).*

CARTA CON MOTIVO DEL NOMBRAMIENTO DE BENEDICTO XVI

BENEDICTO XVI, Obispo de Roma.

Signo, puesto por Dios, para reconocer la verdadera Iglesia

El Evangelio, antes de narrarnos la institución de la Eucaristía, nos habla de su preparación, que comienza con un mandato del Señor: “Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y en la casa en que entre, decidle al dueño: “El Maestro pregunta ¿dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?”. Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arregladla con divanes. Preparadnos allí la cena”(Mc. 14, 13-15).

S. Juan de Ávila, comentando este texto en uno de sus sermones sobre el Santísimo Sacramento, compara a la Iglesia con la casa de la Cena :“No se nos pase por alto esta casa, porque ésta significa la Iglesia”. Y al Papa lo compara con el hombre del cántaro, que conduce a los discípulos al lugar del Cena: “Mirad que dice que un hombre lleva el cántaro de agua, porque ha de haber un hombre que sea cabeza y guía a quien vosotros sigáis, para acertar a la Iglesia (...) Este es el Papa, Vicario de Cristo, que lleva en su mano el cántaro de agua, que es la divina Escritura y los sacramentos; no porque él pueda hacer fe ni sacramentos, como tampoco el hombre que lleva el cántaro crió el agua ni el cántaro; más llevarlo en la mano es declarar cómo se ha de entender, y poner cada cosa en su lugar; y dar a beber el agua que Dios dio. Pues le está dicho “apacienta mis ovejas (Jn. 12,17). Y ¿cómo las apacentará, si no le dan que pueda declarar la Escritura y los sacramen-

tos, en que las ovejas se apacientan? Diósele este poder para soltar y ligar, para declarar e interpretar, y sobre él está fundada la Iglesia” (Obras Completas. BAC, T.III, pag.407)

La muerte de Juan Pablo II y el comienzo del pontificado de Benedicto XVI han sido momentos intensos de emoción y acción de gracias a Dios, por la vida santa, el ministerio fecundo y la entrega, hasta el límite de sus fuerzas, del Papa que se nos iba; y, al mismo tiempo, momentos también de profunda gratitud, por el Papa que nos venía, bien conocido de todos, que se presentaba ante la Iglesia y ante el mundo como humilde trabajador de la viña del Señor; y lo hacía, consciente de asumir un cometido infinito, superior a toda capacidad humana, pero seguro y firme, porque se sentía lleno de la gracia del Señor, protegido por la muchedumbre de los santos y acompañado por el amor, la fe y la esperanza de todos sus hijos.

Pero los acontecimientos de estos días han de ayudarnos especialmente a meditar y a dar gracias a Dios, por encima de cualquier coyuntura histórica, por el don que constantemente, a lo largo de toda la historia, ha dado a su Iglesia y seguirá dándoselo, con el ministerio del Sucesor de Pedro. “Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt.16,18).

El Papa, “el hombre del cántaro”, seguirá guiando a los discípulos del Señor a la “Casa de la Cena”, la Iglesia Santa, que en torno a la Eucaristía, se va construyendo en medio del mundo, como edificio espiritual y sacerdocio santo, para mostrar a los hombres las maravillas de Dios. El Señor nunca abandona a su Iglesia. “He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. (Mt. 28,20). En el ministerio de nuestro nuevo Papa, seguiremos experimentando, todos los días, suceda lo que suceda, esta presencia.

† Joaquín M^a López de Andújar
Obispo de Getafe

VICARÍA GENERAL

TASAS DEL CEMENTERIO PARROQUIAL DE COLMENAR DE OREJA

**ANTONIO DOMÍNGUEZ GALÁN,
Vicario General y Moderador de la Curia de la Diócesis de Getafe**

Hace saber que de acuerdo con la norma decimotercera de las Normas Reguladoras para el Cementerio Parroquial de Colmenar de Oreja, publicadas en su día en el Boletín Oficial de la Provincia Eclesiástica de Madrid,

Vengo a aprobar por la presente las actuales tasas que en este boletín se establecen con efectos del día 1º de Octubre del año 2005.

Ruego sea publicado en el citado Boletín Oficial de la Provincia Eclesiástica.

Dios guarde a Ud. muchos años.

Getafe a 24 de mayo de 2005.

Antonio Domínguez Galán

Sr. Vicario General Moderador de Curia
D. Antonio Domínguez Galán

Por la presente, y a propuesta del Consejo Económico de la Parroquia tengo a bien proponerle para su aprobación si procede, las nuevas tasas que entrarían en vigor el primero de Octubre del presente, para el Cementerio Parroquial de Colmenar de Oreja, y que según las Normas Reguladoras de este Cementerio han de ser aprobadas por Usted, (norma decimotercera):

- a) Cuota de mantenimiento anual:
 - Unidad de enterramiento familiar (Fosa) 15,00 euros
 - Nicho 8,00 euros
 - Panteón 15,00 euros
 - Capilla funeraria 35,00 euros
 - Capilla funeraria familiar 45,00 euros

- b) Permiso para colocación de lápidas:
 - Para nicho simple 60,00 euros
 - Para panteones 100,00 euros
 - Para Fosas 110,00 euros

- c) Permiso para rehabilitar fosas:
- Para obra simple 60,00 euros
 - Por cuerpo a construir 100,00 euros
(máximo cuatro)
- d) Cambio de titularidad:
- Por sucesión hereditaria 120,00 euros
 - Por cesión a terceros 150,00 euros

Colmenar de Oreja, 30 de Agosto de 2005.

El Párroco
Antonio Lucero Granizo

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETO DE ERECCIÓN DE LA PARROQUIA VERBO DIVINO, EN LEGANÉS

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
OBISPO DE GETAFE

Erección de la Parroquia Verbo Divino en Leganés, Diócesis de Getafe

El incremento de población que ha experimentado el municipio de Leganés, en esta Diócesis de Getafe, y la expansión que se prevé en un futuro próximo, hacen aconsejable la desmembración de la parroquia de San Nicasio y la creación de una nueva con el nombre de VERBO DIVINO.

Recabados los informes del Sr. Cura párroco de San Nicasio en Leganés, como parroquia matriz afectada, del Arciprestazgo de Leganés y su Arcipreste, y oído el Consejo Presbiteral, a tenor del canon 515, p. 2, del vigente Código de Derecho Canónico, cuyos pareceres han sido favorables, por las presentes decreto

**LA ERECCIÓN DE LA PARROQUIA EN LEGANÉS,
CON EL NOMBRE DE VERBO DIVINO**

Cuyos límites se fijan en la forma siguiente: *"Partiendo de la confluencia del ferrocarril Madrid-Portugal con la variante de Alcorcón a Leganés (M-406), arrancan por el eje de dicha variante, en dirección noroeste hasta el término municipal de Alcorcón; siguen, en dirección suroeste y sureste, por los límites de los términos municipales de Leganés-Alcorcón y Leganés-Fuenlabrada, hasta el ferrocarril Madrid-Portugal; continúan, en dirección noreste, por el eje de las vías del ferrocarril Madrid-Portugal hasta el encuentro con la variante Alcorcón-Leganés, punto de partida"*.

En los límites de la nueva parroquia está prevista la construcción de tres mil seiscientas viviendas, ya prácticamente terminadas y habitadas, lo que supone una población aproximada de doce mil personas.

Mandamos que este Decreto de Erección de la nueva parroquia de Verbo Divino, desmembrada de San Nicasio en Leganés, sea expuesto en la cancela de la Iglesia matriz, y sea comunicado a los fieles de la parroquia.

Cumplase con lo dispuesto en los Acuerdos entre la Santa Sede y el Estado Español, art. 1,2 de fecha 3 de Enero de 1979.

Dado en Getafe, a veintiséis de mayo de 2005, Año de la Eucaristía.

† Joaquín María
Obispo de Getafe

Por mandato de S. E. Rvdma.
José Javier Romera Martínez

NOMBRAMIENTOS

Responsable del Movimiento Junior de Acción Católica de la Diócesis de Getafe, el 28 de abril de 2005, **D. Jaime Velázquez Acuña.**

Consiliario del Movimiento Junior de Acción Católica de la Diócesis de Getafe, el 28 de abril de 2005, **D. Francisco Javier Ortiz Peña.**

Delegado diocesano para la Causa de los Santos, el 17 de mayo de 2005, **D. Alberto Royo Mejía.**

INCARDINACIONES

D. Jeremías Navarro López, el 17 de mayo de 2005.

DEFUNCIONES

- D. ELISEO GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Párroco de Santa María de los Ángeles, en Getafe, falleció el 22 de abril de 2005, en Móstoles, a los 75 años.

- DÑA. ROSARIO SEBASTIANES JIMÉNEZ, madre del sacerdote diocesano D. Antonio Izquierdo, Vicario Parroquial de Nuestra Señora de la Saleta, en Alcorcón, falleció el 13 de mayo de 2005, en Madrid, a los 73 años.

- DÑA. ISIDORA GUILARTE, madre del sacerdote D. Manuel del Campo Guilarte, Director del Centro diocesano de Teología, falleció el 24 de mayo de 2005, en Madrid, a los 94 años.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



**CARTA AL CARDENAL ALFONSO LÓPEZ TRUJILLO
CON MOTIVO DEL ENCUENTRO MUNDIAL DE
LAS FAMILIAS EN VALENCIA**

Al Señor Cardenal Alfonso López Trujillo

Presidente del Consejo Pontificio para la Familia

El venerado Santo Padre Juan Pablo II convocó, el 22 de febrero de este año, el V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia, España, eligiendo como tema: “La transmisión de la fe en la familia” y señalando como fecha la primera semana de julio del año 2006.

Me es grato renovar la convocatoria de este importante Encuentro Mundial de las Familias. A este respecto, me propongo alentar, como lo hizo Juan Pablo II, la “estupenda novedad” (FC 51), el “Evangelio de la Familia”, cuyo valor es central para la Iglesia y la sociedad. Yo mismo tuve la oportunidad de ser el Relator general de la Asamblea Especial del Sínodo de los obispos sobre la Familia, celebrado en Roma en 1980. Fruto de dicha Asamblea fue la Exhortación apostólica “Familiaris consortio”, que analiza profundamente la identidad y la misión de la familia, a la que califica como “iglesia doméstica” y santuario de la vida.

Todos los pueblos, para dar un rostro verdaderamente humano a la sociedad, no pueden ignorar el bien precioso de la familia, fundada sobre el matrimonio.

“La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un *consorcio* para toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole” (can. 1055), es el fundamento de la familia, patrimonio y bien común de la humanidad. Así pues, la Iglesia no puede dejar de anunciar que, de acuerdo con los planes de Dios (cf. Mt 19, 3-9), el matrimonio y la familia son insustituibles y no admiten otras alternativas.

La familia cristiana tiene, hoy más que nunca, una misión nobilísima e ineludible, como es transmitir la fe, que implica la entrega a Jesucristo, muerto y resucitado, y la inserción en la comunidad eclesial. Los padres son los primeros evangelizadores de los hijos, don precioso del Creador (cf. GS 50), comenzando por la enseñanza de las primeras oraciones. Así se va construyendo un universo moral enraizado en la voluntad de Dios, en el cual el hijo crece en los valores humanos y cristianos que dan pleno sentido a la vida.

En esta circunstancia, me complace enviar mi cordial saludo a Mons. Agustín García-Gasco Vicente, Arzobispo de Valencia, Iglesia particular que prepara este Encuentro eclesial y que acogerá a las familias del resto de España y de otros países.

Ya desde ahora encomiendo al Señor y bendigo a las familias que participarán o se unirán espiritualmente a dicho Encuentro. Que la Virgen María, Madre nuestra, que acompañó a su Hijo en las Bodas de Caná, interceda por todos los hogares del mundo.

Vaticano, 17 de mayo de 2005.

Benedicto XVI

MENSAJE CON MOTIVO DE LA PEREGRINACIÓN A ZARAGOZA ORGANIZADA POR LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Amados hermanos en el Episcopado,
queridos sacerdotes y diáconos,
religiosos, religiosas y fieles católicos de España

Me es grato dirigiros mi cordial saludo y unirme espiritualmente a vosotros en la peregrinación nacional al Santuario de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, para conmemorar el 150º aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción y renovar la consagración de España al Inmaculado Corazón de María, que tuvo lugar hace cincuenta años.

1. Con esta peregrinación queréis profundizar en el admirable misterio de María y reflexionar sobre su inagotable riqueza para la vocación de todo cristiano a la santidad.

Al coincidir el Año de la Inmaculada con el Año de la Eucaristía, en la escuela de María podremos aprender mejor a Cristo. Contemplándola como la “mujer eucarística”, ella nos acompaña al encuentro con su Hijo, que permanece con nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20), especialmente en el Santísimo Sacramento.

2. La Inmaculada refleja la misericordia del Padre. Concebida sin pecado, fue capaz de perdonar también a quienes abandonaban y herían a su Hijo al pie de la cruz. Como Abogada nos ayuda en nuestras necesidades e intercede por nosotros ante su Hijo diciéndole, como en Caná de Galilea, “no tienen vino” (Jn 2,3), confiando en que su bondadoso corazón no defraudará en un momento de dificultad. Al indicar claramente “haced todo lo que él os diga” (Jn 2,5), nos invita a acercarnos a Cristo y, en esa cercanía, experimentar, gustar y ver “que bueno es el Señor”. De esta experiencia nace en el corazón humano una mayor clarividencia para apreciar lo bueno, lo bello, lo verdadero.

3. Acompañada de la solicitud paterna de José, María acogió a su Hijo. En el hogar de Nazaret Jesús alcanzó su madurez, dentro de una familia, humanamente espléndida y transida del misterio divino, y que sigue siendo modelo para todas las familias.

A este respecto, en la convivencia doméstica la familia realiza su vocación de vida humana y cristiana, compartiendo los gozos y expectativas en un clima de comprensión y ayuda recíproca. Por eso, el ser humano, que nace, crece y se forma en la familia, es capaz de emprender sin incertidumbre el camino de bien, sin dejarse desorientar por modas o ideologías alienantes de la persona humana.

4. En esta hora de discernimiento para muchos corazones, los Obispos españoles volvéis la mirada hacia Aquella que, con su total disponibilidad, acogió la vida de Dios que irrumpía en la historia. Por eso María Inmaculada está íntimamente unida a la acción redentora de Cristo, que no vino “para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3, 17)

Sé que la Iglesia Católica en España está dispuesta a dar pasos firmes en sus proyectos evangelizadores. Por eso es de esperar que sea comprendida y aceptada en su verdadera naturaleza y misión, porque ella trata de promover el bien común para todos, tanto respecto a las personas como a la sociedad. En efecto, la transmisión de la fe y la práctica religiosa de los creyentes no puede quedar confinada en el ámbito puramente privado.

5. A los pies de la Virgen pongo todas vuestras inquietudes y esperanzas, confiando en que el Espíritu Santo moverá a muchos para que amen con generosidad la vida, para que acojan a los pobres, amándolos con el mismo amor de Dios.

A María Santísima, que engendró al Autor de la vida, encomiendo toda vida humana desde el primer instante de su existencia hasta su término natural, y le pido que preserve a cada hogar de toda injusticia social, de todo lo que degrada su dignidad y atenta a su libertad; y también que se respete la libertad religiosa y la libertad de conciencia de cada persona.

Imploro a la Virgen Inmaculada con total confianza que proteja a los pueblos de España, a sus hombres y mujeres para que contribuyan todos a la consecución del bien común y, principalmente, a instaurar la civilización del amor. Aliento también a todos y a cada uno a vivir en la propia Iglesia particular en espíritu de comunión y servicio y os animo a dar testimonio de devoción a la Virgen María y de un incansable amor a los hermanos.

A cuantos participáis en esta gran peregrinación al Santuario de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, os invito a intensificar la devoción mariana en vuestros pueblos y ciudades donde Ella os espera en los innumerables templos y santuarios que llenan la tierra española; y también en las parroquias, en las comunidades y en los hogares. Volved gozosos con la Bendición Apostólica que os imparto con gran afecto,

Vaticano, 19 de mayo de 2005.

Benedicto XVI



Conferencia Episcopal Española

NOTA DEL COMITÉ EJECUTIVO ACERCA DE LA OBJECCIÓN DE CONCIENCIA ANTE UNA LEY RADICALMENTE INJUSTA QUE CORROMPE LA INSTITUCIÓN DEL MATRIMONIO

El Gobierno anunció hace un año su intención de regular civilmente el matrimonio de una manera desconocida hasta ahora para la Humanidad. Para casarse no importaría hacerlo con una persona del mismo sexo. En la legislación española el matrimonio dejaría de ser la indisoluble unión de vida y de amor de un hombre y de una mujer, abierta a la procreación, para convertirse en un contrato sin referencia alguna a la diferencia de sexos e incapaz, por tanto, de prestar a la sociedad el incomparable servicio de dar cauce a la complementariedad conyugal y de procrear y educar a los hijos. Ahora parece que el Parlamento se muestra dispuesto a aprobar esta nueva definición legal del matrimonio que, como es obvio, supondría una flagrante negación de datos antropológicos fundamentales y una auténtica subversión de los principios morales más básicos del orden social.

El 15 de julio de 2004 publicamos una Nota titulada *En favor del verdadero matrimonio*. Allí explicábamos las razones que nos obligan a pronunciarnos en contra de este proyecto legal, dado que nos corresponde anunciar el evangelio de la familia y de la vida, es decir, la buena noticia de que el hombre y la mujer, uniéndose en matrimonio, responden a su vocación de colaborar con el Creador llamando a la existencia a los hijos y realizando de este modo su vocación al amor y a la felicidad temporal y eterna.

Hoy, ante la eventual aprobación inminente de una ley tan injusta, hemos de volver a hablar sobre las consecuencias que comportaría este nuevo paso. No es verdad que esta normativa amplíe ningún derecho, porque la unión de personas del mismo sexo no puede ser matrimonio. Lo que se hace es corromper la institución del matrimonio. Esa unión es en realidad una falsificación legal del matrimonio, tan dañina para el bien común, como lo es la moneda falsa para la economía de un país. Pensamos con dolor en el perjuicio que se causará a los niños entregados en adopción a esos falsos matrimonios y en los jóvenes a quienes se dificultará o impedirá una educación adecuada para el verdadero matrimonio. Pensamos también en las escuelas y en los educadores a quienes, de un modo u otro, se les exigirá explicar a sus alumnos que, en España, el matrimonio no será ya la unión de un hombre y de una mujer.

Ante esta triste situación, recordamos, pues, dos cosas. Primero, que la ley que se pretende aprobar carecería propiamente del carácter de una verdadera ley, puesto que se hallaría en contradicción con la recta razón y con la norma moral. La función de la ley civil es ciertamente más limitada que la de la ley moral, pero no puede entrar en contradicción con la recta razón sin perder la fuerza de obligar en conciencia.

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, recordamos que los católicos, como todas las personas de recta formación moral, no pueden mostrarse indecisos ni complacientes con esta normativa, sino que han de oponerse a ella de forma clara e incisiva. En concreto, no podrán votar a favor de esta norma y, en la aplicación de una ley que no tiene fuerza de obligar moralmente a nadie, cada cual podrá reivindicar el derecho a la objeción de conciencia. El ordenamiento democrático deberá respetar este derecho fundamental de la libertad de conciencia y garantizar su ejercicio.

Es nuestro deber hablar con claridad cuando en España se pretende liderar un retroceso en el camino de la civilización con una disposición legal sin precedentes y gravemente lesiva de derechos fundamentales del matrimonio y de la familia, de los jóvenes y de los educadores. Oponerse a disposiciones inmorales, contrarias a la razón, no es ir en contra de nadie, sino a favor del amor a la verdad y del bien de cada persona.

Madrid, 5 de mayo de 2005.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 156 Euros (mes 13 Euros)
50 ejemplares año . . . 312 Euros (mes 26 Euros)
100 ejemplares año . . . 572 Euros (mes 47,66 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid

